

Vacaciones en El Infierno
Libro I

La ribera del Aqueronte



Por Ruymán Fuentes Suárez (13/08/2006)

-Vacaciones en El Infierno-
Libro I: La ribera del Aqueronte
Por Ruymán Fuentes Suárez

Dedicado a todos los que siguieron
este extraño relato capítulo a capítulo,
y en especial a Yaiza,
por ayudarme y apoyarme
en su creación.

Mayo 2006

-Vacaciones en El Infierno-
Libro I: La ribera del Aqueronte
Por Ruymán Fuentes Suárez

PROLOGO

Este es el prólogo de lo que he querido titular como "*Vacaciones en El Infierno*", y el cual dará pie al relato de las aventuras de mis *vacaciones* durante el 2004.

Durante 15 días estuve en un lugar que no os imaginaríais, y del que no he podido hablar hasta ahora. "*Al volver esperarás hasta la 13ª Luna llena. Después elegirás el como y el cuando para desvelar lo que aquí veas y oigas, pues para eso has sido invitado*". Esas fueron las únicas condiciones que me exigió mi anfitrión una vez me tuvo ante él, y las cuales prometí cumplir.

Puedo aseguraros que todo lo que aquí relataré es tan real como que mañana saldrá el Sol y sus rayos calentarán vuestros rostros. Leeréis cosas realmente extravagantes, algunas sin sentido y otras con mucho menos aún. Pero todas os serán reveladas tal cual las vi y oí.

Permitidme pues, que os relate capítulo tras capítulo cómo fui despojado de la vida por el que sería mi anfitrión, para así poder entrar en su hogar, al que coloquialmente llamamos Infierno, y escuchar de sus propios labios su historia.

Ya he visto llenarse en más de 13 ocasiones completamente la Luna. Estoy preparado para relatar mi historia.

Acomodaos, pues he de comenzar hablándoos de como morí esa noche.

Mi Muerte

Casi había acabado el verano, pero aun el calor era sofocante. La ropa se me pegaba incómodamente al cuerpo y la noche no parecía que fuera a cambiar esto.

Rondaba ya la media noche, y conducir hasta casa era mi último objetivo del día. La autopista estaba tranquila, y por la ventanilla entraba una cálida brisa mientras sonaba por la radio "Sympathy For The Devil" de los Rolling Stone. Era un momento de relajación, casi mágico, de esos que te dan ganas de cerrar los ojos y respirar profundamente. Pero yo conducía el coche, y no era mi intención acabar con un traje ceñido de una tonelada de hierro. Aún así mis ojos comenzaron a cerrarse en contra de mi voluntad. ¿Habéis sentido alguna vez, justo en el momento en el que no estás todavía dormido ni del todo despierto, como tú cuerpo no responde a las órdenes, haciéndote sentir como un espectador de una película a cámara lenta? Pues así me sentía. Durante un momento todo redujo su velocidad hasta llegar al instante en que nada se movía, y mis ojos se cerraron por completo. ¿Cuanto duró ese instante? Dos segundos, una fracción de segundo, ¿nada?

Abrí mis ojos con fuerza y apreté hasta el fondo el freno para impedir el accidente que creía me aguardaba. Pero para mi sorpresa el coche estaba ya parado. Y no era lo único. Todo parecía estar inmóvil, aunque la música seguía sonando. Entonces noté su presencia a mi lado.

-Buenas noches.

Si os contase el golpe que me di en la cabeza contra el techo no me creeríais. Aunque supongo que hablaros de una presencia en el asiento del acompañante mientras absolutamente todo estaba parado, tampoco es muy creíble.

A mi lado, sentado, estaba lo que se entreveía como el cuerpo de una persona muy borroso. Es difícil de explicar. Era como mirar a alguien con los ojos sin cerrar completamente, sabes que es una persona, pero no puedes ver ni uno solo de sus rasgos.

-¿Estoy muerto? -lo sé, mi pregunta no fue precisamente inteligente. Pero no recordaba haber tomado ninguna bebida alucinógena que explicara mi situación, y tampoco parecía estar dormido.

-¿Crees que lo estás? -la voz sonaba extrañamente lejana, pero, ¿qué no era extraño?

-¿Lo estoy? -siempre me he creído muy insistente, y la verdad, me interesaba mucho la respuesta de la persona borrosa

-No, no lo estás EbOLA.

Aunque siempre se dirigieron hacia mí por mi verdadero nombre, usaré el de EbOLA durante todo el relato.

-¿Cómo sabes quien soy? -he de reconocer que un escalofrío me recorrió toda la columna cuando le oí pronunciar mi nombre.

-No has de temer nada.

-¿Qué está sucediendo aquí? ¿Qué quieres de mí? ¿Quién eres?

Os aseguro que si hubiera tenido la vejiga llena, en ese instante la hubiera vaciado.

-He parado el tiempo para poder hablar contigo. Necesito saber si estás dispuesto. Confía en mí -sus últimas palabras fueron como un bálsamo para beber, relajándome y haciéndome recobrar la compostura.

-Si estoy *dispuesto a qué*.

-Dispuesto a contar mi historia.

-¿Tú historia? Esto es de locos ¿Quién eres?

-Muchos nombres me habéis dado a lo largo de la historia, y con casi ninguno me he sentido identificado.

-¿Elvis? ¿Eres el rey? -olé mi sentido del humor. Por suerte su reacción fue solo una leve risa apagada.

-Vacaciones en El Infierno-
Libro I: La ribera del Aqueronte
Por Ruymán Fuentes Suárez

-Mi nombre es Lucero, aunque Lucifer puede que te sea más conocido -ahora sí que me lo hice encima. Se ve que la vejiga no estaba vacía del todo-. Te he elegido a ti para que cuentes mi historia EbOLA. Quiero hablarte de cómo llegué a ser el más grande de los ángeles sentado a su diestra y de como fui castigado y repudiado de los cielos.

-¿Ahora? -joder, eso es tener decisión y lo demás tontería.

Otra leve risa.

-Faltan unos instantes para la media noche y yo no puedo estar aquí por más tiempo. Si aceptas, tendrás que venir conmigo.

-¿Al Infierno? -aún me sorprende lo agudo que soy en ciertas ocasiones extraordinarias.

-Así es -extendió su mano derecha hacia mí-. No has de temer nada EbOLA.

¿Qué demonios había cenado? Quién me conoce sabe que no soy persona de alcohol, y mucho menos de mezclar psicotrópicos con el refresco. Pero si no estaba borracho ni drogado, ¿estaba dormido? Jamás en un sueño pude pensar si estaba realmente dormido. No, definitivamente no era un sueño. El Demonio estaba ante mí con su mano extendida esperando la mía. Pero ¿contar su historia? ¿Por qué no? Quizás el psiquiatra necesitara más datos de mis alucinaciones cuando le contase todo lo que me estaba sucediendo. ¿Qué podía perder?

-Un pacto con el diablo, ¿verdad?

-Solo si tú quieres.

-¿Y si no?

-Nadie, ni siquiera tú, sería tan estúpido.

El poco valor que me quedaba se esfumó tras esas palabras. Solo quería volver a mi cama, dormir profundamente y con suerte disfrutar de un sueño agradable con chicas ligeras de ropa. Pero mi mano ya estrechaba la suya. Había aceptado. Había vendido mi alma, otra vez.

-Al llegar, busca al barquero.

-¿Qué?

Sentí como si despertase dos veces seguidas del mismo sueño. Mi coche dio un bandazo hacia la derecha; yo giré el volante hacia la izquierda para enderezarlo. No pude contar cuantas fueron las vueltas de campana antes de salirse de la carretera, ni cual fue la altura desde la que el coche se precipitó al vacío conmigo dentro. Pero algo se con certeza. Al llegar el coche al mar, yo ya había muerto.

La ribera del Aqueronte

Quando recobré el sentido me encontraba boca arriba, con los brazos extendidos en cruz y un fuerte dolor de cabeza, con una terrible sensación de desorientación incluida. Creo recordar que me tomé un instante para pensar lo que había pasado mientras miraba el extraño cielo dorado. Supongo que el color que más se le aproximaba es el del bronce viejo. No soy un experto, pero aquel cielo parecía oxidado.

A excepción de aquel punto blanco en lo alto. Aquel círculo blanco. Aquel enorme cuadrado blanco, que no hacía más que crecer mientras...caía del cielo.

Es increíble como la gente reacciona cuando se le viene parte del cielo sobre la cabeza. Porque, o se caía el cielo, o se estaba estrellando un avión. Por suerte, mi entrenamiento y mis actitudes felinas me ayudaron a gatear, como buenamente pude, lo suficiente para evitar ser aplastado por aquel objeto.

El impacto fue tal, que me despego del suelo haciéndome caer de bruces en la nieve. Cuando me levanté pude ver la suerte que había tenido al esquivarlo. Había dejado un hueco considerable y levantado gran cantidad de *polvo-nieve*, que caía ahora lentamente, provocando un efecto muy bonito de ver. Pero un momento ¿nieve en verano? Algo me decía que ya no estaba en casa. El objeto en cuestión era el baúl más grande que había visto nunca y, a pesar del enorme cráter que había generado al caer, se encontraba en perfecto estado. ¿Qué habría dentro? Interesante pregunta a la que ni me molesté en buscar respuesta. Por lo que yo sabía, había hecho un pacto con el Diablo, me había muerto y me encontraba en El Infierno. Había nevado, tenía mucho frío y solo llevaba una bermuda y una camiseta. Además debía encontrar al tal barquero. No tenía ni tiempo ni ganas de averiguar lo que contenía el baúl.

Así que me levanté, mire al cielo por si seguían lloviendo baúles, y luego eché un vistazo a mí alrededor. Noté como el miedo se apoderó de mí, me temblaron las rodillas y me caí de culo. Quizás me sobrecogió ver a lo lejos el río más rojo y tenebroso que jamás volveré a ver. O quizás fue la inmensa torre que en el horizonte subía entre espesa niebla muy por encima de las nubes. O el olor a podredumbre que se empezaba a introducir sin remedio por mi nariz y boca. O los alaridos y gemidos que se oían a lo lejos. Os aseguro que si no hubiera estado ya muerto me habría dado un ataque cardíaco en ese instante. Y no preguntéis el porqué. Joder, El Infierno no es un parque temático, está hecho para acojonar. Y yo lo estaba.

Aunque reconozco que era divertido ver que no habían ni llamas ni marmitas hirvientes con diablillos torturando a la gente. Veía nieve. Quizás no estaba tan mal. El olor y los gritos los intenté ignorar mientras empecé a caminar hacia el río. La nieve no era muy espesa, pero con mi calzado empapado y tan poco adecuado al terreno mi caminar era lento y torpe.

Por lo que pude calcular, me encontraba en una pequeña colina a no más de un kilómetro del río y de lo que parecía un embarcadero. Un pequeño paseo de cinco minutos que yo realicé en el tiempo record de quince segundos. Cuando se va con calzado de verano por la nieve ladera abajo, es muy fácil perder el equilibrio. Ahora lo sé.

Mi llegada abajo fue digna de ver. Estaba completamente empapado, la camiseta hecha un ovillo sobre mi cabeza y estaba descalzo de un pie.

-A eso lo llamo yo "hacer una buena entrada" -la frase fue acompañada de una carcajada burlesca.

Me recompuse como pude, y busque al gracioso de turno. Ni en El Infierno falta uno de esos. Por lo visto me había desviado durante mi magistral descenso del embarcadero y, o yo estaba ciego, o allí no había nada ni nadie que me hubiera podido hablar. Así que me eché la mano a la cabeza y busqué la sangre que demostrase mi casi segura conmoción cerebral.

-Si buscas un aro, te has equivocado de sitio amigo. Te han mandado abajo.

-Vacaciones en El Infierno-
Libro I: La ribera del Aqueronte
Por Ruymán Fuentes Suárez

- ¿Quién demonios...
-Sin faltar amigo. Estoy aquí, abajo.
En el suelo sólo había una calavera semienterrada por la nieve.
-¿Me vas a sacar ya de aquí o tendré que seguir hablando desde esta posición? -la calavera hablaba-. No pongas esa cara de paleta y sácame ya. ¿No sabes que es de mala educación hablarle a la gente que esta tirada en el suelo?
-Eres una calavera...
-¿Cómo has dicho?
-Que eres una calavera.
Se puede saber que clase de conversación era esta.
-¿y mi cuerpo?
-No está.
-¿Mi melena rubia, mis azules ojos, mis sonrosados pómulos...?
-Yo solo veo una calavera.
-¡No puede ser! Alguien a cometido un grave error, ¡oh sí! Me van a oír. Que les dije: "tened la cabeza al lado del cuerpo". Y que hacen ellos...
-Disculpa, mejor te dejo. He de hablar con el barquero -la verdad, aquello me superaba y necesitaba hacer mutis por el foro y seguir a lo mío.
-¿Adonde crees que vas amigo?
-Me encantaría charlar contigo y todo eso, pero tengo un poco de prisa. Le diré a alguien que te mande ayuda.
-¡Perdóneme *Don esquiador profesional!* ¡Has visto mi cara! Cuanto tiempo crees que llevo aquí pudiéndome sin que nadie me haga caso. Y ahora llegas tú y decides abandonarme a mi suerte. "Es solo un hueso, echémoslo a los perros".
¿Me estaba lloriqueando una calavera parlante? Definitivamente El Infierno no era como lo había imaginado.
-Esta bien, puedes venir conmigo. He de cruzar al otro lado del río, creo que me dirijo a la torre, así que te dejaré en el embarcadero y allí se separaran nuestros caminos.
-Tú mandas amigo.
Así que lo recogí y me dirigí hacia el embarcadero, con el cuerpo empapado, helado y una calavera bajo el brazo.
-¿Dónde estamos? -pregunté.
-Estás muy perdido amigo. Aunque es normal con esa cara de paleta. Esto es El Infierno.
-No soy un paleta. Y ya se que esto es El Infierno. Preguntaba el nombre de este lugar, si es que tiene nombre.
-Por supuesto. Nos encontramos en la ribera del Aqueronte.

Caronte, el barquero

El Aqueronte era como cualquier otro río. Con sus cosas malas, como el hedor que emanaba o las almas en pena atrapadas entre sus aguas que eran devoradas intermitentemente por una bestia negra que salía a la superficie, y sus cosas buenas...creo que ya os comenté que tenía un vivo color, rojo sangre. Definitivamente lo único bueno del río era que yo no estaba en él.

-¿Quiénes son?

-Almas en pena que intentaron cruzar al otro lado o fueron arrojadas al agua por el barquero. Se rumorea que tiene malas pulgas, por lo que imagino que habrá más de estas segundas.

Eso no sonaba muy tranquilizador, pero ya no había vuelta atrás. Estábamos en el embarcadero y yo necesitaba hablar con el barquero.

El embarcadero estaba compuesto por una entrada, tras la que se encontraba una pequeña vivienda prácticamente derruida y una pasarela que se adentraba en el río unos veinte metros. En la entrada había un cartel que rezaba:

Un óbolo
Un alma

Golpeé el cartel para llamar antes de entrar. Vayas donde vayas, la educación es lo primero. ¡Toc Toc!

-¿Se puede saber que haces?

-Solo quería llamar para saber si está el barquero.

-Claro que está paleta, no ves la barca atracada. Pero no puedes molestarle porque a ti se te antoja cruzar ahora. Has de esperar a que él llame a las almas. Son las normas.

Ciertamente había una barca para no más de dos pasajeros, con un farolillo colgante en el extremo más alejado.

-No puedo esperar a eso. Y como me vuelvas a llamar paleta, te lanzo de cabeza al río -de cabeza, eso si era gracioso.

No había dado ni dos pasos en dirección a la vivienda sobre los crujientes tabloncillos, cuando de esta salió un personajillo muy curioso. Era un abuelo de no más de metro sesenta, de aspecto endeble y cubierto con unos harapos oscuros que en su día debieron ser un hábito. Se quedó ante mí con su cara arrugada y el ceño fruncido. Si aquel era Caronte, el famoso barquero de almas en pena, no se parecía mucho a lo que tenía en mente. Hacer remar a aquel anciano hasta la otra orilla era un delito imperdonable.

-Viejo, no me digas que debajo de esas ropas raídas escondes aún un cuerpo.

-¿Cómo has dicho muchacho? -el anciano movió ligeramente su mano derecha entre sus ropas, lo suficiente para dejar entrever el enorme martillo doble que reposaba en su cadera. Ni Thor debía llevar un martillo tan grande.

-Yo no he dicho nada...

-...viejo estúpido y desdentado.

-Creo que pasarás el resto de la eternidad con lo peces jovencito insolente.

El anciano levanta sobre su cabeza aquel enorme martillo como quien levanta una pluma. Pero yo conservé la calma. Bueno, la conservé acurrucado como un bebe en el suelo; pero con mucha dignidad.

-Le juro por Dios que no he dicho nada -sus pequeños ojillos brillaron como el fuego nada más nombrar a Dios. Nota mental, "recordar no pronunciar el nombre del Señor en balde, y en El Infierno aun menos". Ha sido esta calavera.

-Te burlas de mí muchacho -y descargó el martillo sobre mi cabeza.

-Vacaciones en El Infierno-
Libro I: La ribera del Aqueronte
Por Ruymán Fuentes Suárez

No se si fueron mi reflejos, o que al intentar huir resbaló mi mano y rodé contra unos tablonces de la pasarela, lo importante es que donde debía estar mi cabeza machacada solo había un enorme hueco y un viejo psicópata con un martillo gigantesco.

-Le juro...por lo que más quiera -levanté la calavera y se la mostré. Si no resolvía el entuerto la usaría como escudo improvisado-, que ha sido esta calavera la causante de todo. Yo no he dicho nada.

El anciano se giró en mi dirección y lo que pude apreciar en su rostro no me reconfortaba lo más mínimo. Mi vida estaba en manos de una calavera parlante. Solo tenía que hablar para demostrar mi inocencia y resolver este entuerto.

-Viejo carcamal. Conozco tortugas más ágiles.

Definitivamente me iban a aplastar la cabeza.

El anciano saltó sobre mí como si fuese un deportista de elite. Yo cerré los ojos y pensé como sería morir de un golpe en la cabeza.

-Cinco veces. Debería darte vergüenza marinero.

¿Cómo?

-Ha decir verdad esta es la sexta, viejo, y como puedes ver lo he hecho a conciencia.

Abrí los ojos para ver asombrado como la calavera hablaba con el anciano. Y encima de manera amistosa, como si fueran viejos conocidos.

-¿Ya os conocíais?

-Paleto, te presento a Caronte, el barquero.

-Puedes levantarte muchacho. En ningún momento tuve intención de hacerte daño. Pero mi trabajo no es precisamente divertido, y tú amigo me ha servido la broma en bandeja.

-Comprendo -me levante apoyándome deliberadamente sobre la calavera-, pero este individuo no es amigo mío, y tranquilo, acepto sus disculpas.

-No recuerdo haberme disculpado muchacho.

Si quería llegar de una pieza al otro lado del río tendría que andarme con cuidado con este hombre.

-Necesito pasar al otro lado. Me están esperando -Caronte parecía hacer caso omiso a lo que yo le decía-. No se muy bien el protocolo. ¿Me subo ya a la barca? ¿Me dará antes un flotador por si me caigo?

-Chico, pareces buena gente. Normalmente no doy explicaciones a los recién llegados, pero siendo amigo de quien eres te lo explicaré una, y sola una vez como va esto. Esperarás a que de la señal y llame a todas las almas. Si eres una de las elegidas, me entregas tú óbolo y yo te cruzaré en mi barca al otro lado del Aqueronte. Así de sencillo.

-¿Mi óbolo?

-Se refiere a la moneda que tenías en la frente al despertar. Tu Custodio te lo habrá explicado -respondió la calavera.

-¿Mi qué? No se que es un Custodio. Y no recuerdo ninguna moneda en la frente. Si la hubiese tenido me habría dado cuenta al levantarme... ¡Vaya! Creo que la perdí entre la nieve cuando cayó aquel baúl del cielo.

-¡Serás paleto! Sin la moneda no podrás pasar hasta que Caronte acceda a permitírtelo.

-Bueno, el ha oído la historia. Necesito pasar con urgencia. ¿Accederá a dejarme pasar, verdad?

-Por supuesto. Pero has de saber, que nunca he dejado pasar a un alma sin óbolo que no haya esperado menos de cien años.

-¿Cien años? Ya le he dicho que me esperan al otro lado. No tiene una lista para gente VIP o algo así. ¡Esto es ridículo! Escúcheme bien, vaya y mire esa puta lista y dígame cuando partimos.

-Vacaciones en El Infierno-
Libro I: La ribera del Aqueronte
Por Ruymán Fuentes Suárez

Lo siguiente que recuerdo es despertarme boca arriba con un dolor inmenso de cabeza, tullido de frío y una calavera sobre el pecho. La calavera me relataría más tarde lo sucedido, lo cual me parece lógico que os cuente ya.

Como imaginaréis, el sr. Caronte uso su *pequeño* martillo contra mi cara para acabar la conversación. Tras esto le explicó a la calavera que sin óbolo no pasaría hasta dentro de cien años y que mañana al anochecer sería la siguiente llamada de almas.

-Paleto, estás en un aprieto. He visto como las almas se pudren esperando aquí.

Me levanté, no sin antes comprobar que milagrosamente no tenía ninguna secuela del golpe y aún conservaba todos los dientes. Cogí la calavera y volví al lugar donde aparecí en este mundo. Solo tenía que rebuscar un poco en la nieve y encontrar la dichosa moneda. Cuál fue mi sorpresa al llegar al lugar donde había caído el baúl y encontrar el cráter vacío.

-¿Dónde está el enorme baúl?

-Me estás diciendo que no solo perdiste la moneda sino que además no abriste el baúl.

-Tenía prisa. Y el baúl casi me aplasta.

-Definitivamente eres el paleto más estúpido de todo El Infierno.

-¡Te dije que no me llamasas paleto! -le grité mientras lo arrojaba contra el cráter.

La calavera rebotó un par de veces antes de detenerse.

-Ese baúl contenía todo lo necesario para desenvolverte aquí. Por mis experiencias pasadas diría que te lo han robado, y seguro que también han encontrado el óbolo. Mañana algún alma realizará un crucero a tu costa. ¡PA-LE-TO!

-No puede ser...me quedaré aquí perdido en la nada durante cien años. Me van a despedir. ¿Qué digo? Moriré de hambre y frío. Soy un paleto.

Podría contaros como recapacité mi situación y busqué la manera más lógica y efectiva de resolver mis problemas, pero he de ser fiel a todo lo que aconteció en El Infierno, pues a si se me ha exigido.

-Por favor, deja ya de llorar. Creo saber donde está tu baúl y apostaría diez doblones de oro a que tu óbolo está allí también.

-¡Allí!, ¿dónde?

¿Habéis llorado alguna vez en la nieve, los ojos arden muchísimo?

-Levántate -así lo hice-. Mira a tu izquierda, muy cerca de la costa, de donde vienen los alaridos. ¿Ves las luces? -si que las veía. Había mucha niebla pero se podían ver las pequeñas luces-. Esa es la *ciudad de Los Lamentos*. Allí es a donde debemos ir.

La ciudad de Los Lamentos

Mientras nos dirigiáramos a la ciudad, intentaba imaginarme el tipo de gentes que habría allí. Una ciudad en El Infierno, envuelta en terribles alaridos y una espesa niebla no parecía que fuese a recibir con los brazos abiertos a una persona empapada portadora de una calavera parlante. Miré mi aspecto y me dio gracia. Un chico en bermuda y descalzo caminando por la nieve.

Sobre nosotros, el cielo parecía que se oxidaba por momentos adquiriendo un color cada vez más oscuro. Supuse que significaría que se aproximaba la noche. Miré mi reloj para comprobar la hora; estaba parado en las doce y un minuto.

-¿Qué hora será?

-Está anocheciendo. Debemos darnos prisa en llegar a la ciudad. No es seguro pasar la noche aquí fuera.

Eso no sonó bien, pero no me atreví a preguntar el motivo.

-Mi reloj está parado. Se me ha debido estropear al llegar aquí.

-No lo está. Fíjate bien, seguro que aún se mueve -era cierto, el segundero se desplazó al cabo de un rato-. El tiempo transcurre aquí de manera distinta al mundo de los vivos. Un instante de vida se transforma aquí en una eternidad. ¿Tú Custodio no te explico nada?

-Ya dije antes que no sé que es un Custodio -odiaba que me tratase como a un idiota.

-Vulgarmente se le llama *La Muerte*, pero eso es un error ya que no es solo una. Cada persona posee su propio Custodio, que acecha el momento en que la guiñes. Cuando eso ocurre, si deciden que vienes al Infierno, te explica las reglas de este mundo, te entrega un óbolo y un baúl de *La Esperanza* y te indica el camino que has de seguir para llegar al Aqueronte. Así el podrá ganarse la liberación y el descanso eterno.

-Pues genial. Yo no tuve nada de eso. Pensé que al hacer un pacto con él todo sería más sencillo al llegar aquí. Al fin y al cabo le hago un favor.

-Ahora comprendo porqué no tienes ninguna herida ni marca que indique el motivo de tu muerte. No me gusta la gente como tú. Pero si le vendiste el alma al Jefazo tus motivos tendrías. Aunque, siendo tan paleta, imagino que pedirías un cerebro en condiciones -la calavera se rió a carcajada limpia.

-Yo por lo menos se donde meto la cabeza.

-Eso no tiene gracia.

-Aún no sé como te llamas, ni porqué estás aquí. Yo soy EbOLA.

-Eres extraño chico. Nadie aquí puede recordar su nombre ni cómo eran en vida, y si lo hacen es muy vagamente -yo en cambio lo recordaba todo sin problemas. Sabía porque estaba en este extraño mundo y quien era. Por mi silencio, la calavera debió creer que no comprendía sus palabras-. Todos tenemos dos conciencias, una en vida, y otra al llegar aquí. La una es independiente de la otra, nunca se mezclan.

-Así que no sabes ni tu nombre ni quien eras. Entonces te llamaré Calavera. Tengo otra pregunta: ¿por qué Caronte te preguntó que *si eran cinco veces*, a que venía eso?

-Soy un suicida. Esta es la sexta y última vez que lo intento; como puedes ver me ha salido de perlas. El motivo de nuestra muerte y nuestros pecados son las únicas cosas que se graban a fuego en nuestra memoria, así al llegar aquí sabes a que infierno perteneces. Y llámame como te plazca, paleta.

-Gracias. Lo digo por todo. Si puedo devolverte el favor solo tendrás que pedírmelo.

-Ahórrate las gracias para cuando encontremos tu baúl y el óbolo.

En aquel momento creí que Calavera me ayudaba desinteresadamente a encontrar mis pertenencias. Pero en la muerte, como en la vida, nadie ofrece nada sin pedir algo a cambio. Y muy pronto Calavera exigiría que le devolviera el favor.

-Vacaciones en El Infierno-
Libro I: La ribera del Aqueronte
Por Ruymán Fuentes Suárez

-Ya hemos llegado paleta. Tendrás que reconocer que en el mundo de los vivos jamás viste algo así.

Ante nosotros se levantaba la ciudad de Los Lamentos. Estaba bordeada por una constante y espesa niebla, protegida por una muralla de negra piedra de más de cincuenta metros de altura, que se extendía varios kilómetros, impidiendo así ver lo que había en su interior. En las alturas se podían ver enormes lanzas y picas dispuestas de manera que fuera imposible cualquier intento de entrar por encima de las murallas, y la única entrada a la vista se encontraba enfrente de nosotros. Una inmensa puerta de rojo oscuro. Si se protegían de algo del exterior, sin duda era el primo-hermano de King-Kong.

-Recuerda, aquí nada es lo que parece, no bajes la guardia en ningún momento. Mientras que no te separes de mí no habrá ningún problema.

Calavera estaba más serio de lo que me esperaba. Y ni su tono ni sus palabras me ayudaban a mantener la calma. Pero no dejaría que un trozo de hueso se burlase más de mí. Le demostraría mi valor y decisión, así que sin pensarlo eché a andar hacia la puerta con paso firme.

-Deberías andar más tranquilo -la verdad es que apenas se veía el suelo a causa de la niebla-. O te caerás por el precipicio.

-¿Qué? -grité.

En ese momento di un traspie y caí al suelo. Calavera se escurrió de mi mano y rodó ante mí mientras mi brazo derecho colgaba por el borde del camino. Desde esa posición eché una tímida mirada hacia abajo, para comprobar a que altura me encontraba. Apenas se veía nada, pero estaba seguro que habría más de diez metros de caída. Para colmo, el camino que yo intentaba cruzar tan seguro de mi mismo, era de apenas un par de metros de ancho.

-¡Estás loco! ¡Podías haberme arrojado al vacío estúpido paleta!

-¡Y tu podías haberme comentado antes lo del precipicio! -La voz me temblaba-. Maldita calavera sabelotodo.

No me iba a volver a arriesgar, así que el resto del camino lo hice a cuatro patas, con la cara bien cerca del suelo y arrastrando a empujones a Calavera.

-¿No crees que eres un poco exagerado?

-Tu a callar o te tiro al fondo.

-No hay fondo -otro escalofrío recorrió mi cuerpo, pero seguí gateando hasta llegar a la puerta.

-¿Y ahora qué? ¿Cómo entramos?

-Tú llama, mantén la boca cerrada y déjame a mí.

Enfrente de la puerta había una campanilla ridículamente pequeña en comparación con la puerta. Tiré de la cadena y la hice sonar. Entre los alaridos y lamentos que salían de la ciudad era imposible que alguien hubiese escuchado su tintinear. Probé otra vez con más contundencia, obteniendo el mismo leve sonido. Iba a hacerla sonar por tercera vez cuando pude escuchar del otro lado un sonido metálico contra el suelo y el arrastrar de un cuerpo. Era espeluznante y cada vez se acercaba más a la puerta. Tras varios segundos de suspense el sonido se detuvo.

-¿Quiénnn? -la voz sonaba realmente espeluznante del otro lado de la puerta, alargando las palabras como si también las arrastrase por el suelo.

-Dos almas buscan refugio hasta la llamada del barquero -respondió Calavera.

-Tardeee.

-Aún se ve el cielo. Abre.

-¡Tardeee!

-¡He dicho que abras estúpido montón de excrementos!

Un gran silencio, y al cabo de un rato se escuchó alejarse al ser del mismo modo que había llegado.

-O genial. "Déjame hablar a mí". ¿Por qué demonios me dejaré aconsejar por una calavera suicida?

-Vacaciones en El Infierno-
Libro I: La ribera del Aqueronte
Por Ruymán Fuentes Suárez

-Cállate y escucha -solo aullidos y lamentos, me estaba desesperando-.
Escucha.

Un pequeño sonido mecánico, un engranaje, algo se movía.

Se escuchó un fuerte crujido y las puertas se abrieron lentamente. De la ciudad salió una corriente de aire acompañada de un fuerte olor a podredumbre, sangre y muerte, entre intensos gritos de dolor y sufrimiento. La ciudad de Los Lamentos cada vez parecía menos segura, pero el cielo ya estaba completamente oscuro y no quería pasar la noche fuera en la ribera del río.

El mercader del Infierno

Calavera me apresuró a entrar, ya que las puertas comenzaban a cerrarse. Me encantaría poder explicar lo que allí vi, pero es realmente complejo. Fue como recibir un aluvión de sensaciones en apenas unos segundos. Aun así intentaré explicárselo como buenamente pueda.

Por lo general, cuando alguien llega a un lugar nuevo, el impacto visual es lo que más repercute en su persona. En mi caso fueron los sentidos del olfato y oído los que gozaron primero de aquella ciudad, tan llena de horrendos contrastes, todo sea dicho.

El aire era prácticamente irrespirable. Una mezcla de los peores olores imaginables que me provocaban constantes náuseas, las cuales pude soportar de algún modo que escapa a mi entendimiento, y tan intensos que nublaron por unos instantes mis ojos llenándolos de lágrimas. Todo ello amenizado por los gritos y lamentos más espeluznantes que se podrían oír en vida.

Toda mi piel se había erizado por escalofríos, y si no fuera por miedo a vomitar al abrir la boca, también yo hubiera empezado a gritar. La verdad, aquella ciudad no crearía en mí una buena impresión.

Y sólo había usado dos sentidos, la fiesta acababa de comenzar. La ciudad en sí no era especialmente horrenda. El suelo estaba adoquinado y las casas también eran de piedra. Bueno, presuponer que eran casas quizás sea mucho, pero al menos sus paredes eran de piedras. Por supuesto, húmeda y sucia piedra. El estilo arquitectónico lo encasillaría en el de "poner un ladrillo sobre otro hasta formar muros y luego casas". Por lo que podía ver, la puerta principal se encontraba en un cruce de caminos. El principal parecía bordear toda la muralla que protegía la ciudad, y apenas unos metros a mi izquierda, dos calles se introducían en la ciudad formando una V, encontrándome yo en el vértice.

Y entre los gritos y náuseas pude ver a los habitantes de *Los Lamentos*. Personas con aspecto de demacrados indigentes, que me hizo recordar a los judíos en los campos de exterminio, aullando al cielo y golpeándose contra los muros. Era como ver una película de zombis en directo; otros con ropas hechas jirones que corrían ocultándose el rostro, una mujer se paseaba cerca de mí acariciándose el pelo con las muñecas cortadas, grupos de personas tiradas en el suelo llorando en posición fetal. Y como no, otra vez aquel sonido de metal contra el suelo y el arrastrar de un cuerpo, que se aproximaba por detrás de mí y que provocó que me girase con la intención de calmar esa estúpida curiosidad que tenemos todos ante un momento de pánico.

Aquel ser era una pequeña masa grasienta que apenas llevaba unos calzones como vestimenta. Todo su cuerpo debía ser grotesco antes de morir, pero el tener el cuello dislocado y una veleta que le atravesaba la cabeza y le salía por la boca hasta el suelo no le ayudaban a mejorarlo; y por lo que ya había podido comprobar tampoco su capacidad de hablar ni andar. Viéndole me imaginé al pobre gordo marginado que debió ser en vida, saltando de un campanario con tan buena suerte de clavarse una veleta en la cabeza, partiéndose el cuello antes de reventar contra el suelo.

Ver a esa *persona* e imaginar sus últimos instantes en vida provocaron un escalofrío que recorrió toda mi espalda. Unos metros antes de llegar a mí se detuvo, y entornó sus pequeños ojos sin vida al cielo. Yo apenas podía respirar y cuando menos moverme.

-¡Me estás escuchando! -era Calavera quien me hablaba-. Has de reponerte o te volverás loco como todos ellos. Has de mantener la compostura, ignora los gritos, no prestes atención al olor. Son sólo muertos. Gente que no ha encontrado el camino correcto. Gente como tú. No tienes que temerles.

Miré a mí alrededor, y por extraño que parezca estando en la situación que me encontraba comencé a relajarme. Aquellas personas daban miedo de verdad, pero si las mirabas lo suficiente, si pensabas en sus vidas antes de llegar aquí, más que

-Vacaciones en El Infierno-
Libro I: La ribera del Aqueronte
Por Ruymán Fuentes Suárez

miedo provocaban compasión. Todas tenían la pena y el sufrimiento grabados en sus rostros. "Soy como ellos. No tengo motivos para temerles. No, no soy igual. Yo no me volveré loco, yo lo soportaré".

Uno a uno, todos comenzaron a mirar al cielo.

-Arriba. Mira -hice caso a Calavera y miré al cielo. Se había vuelto completamente negro. Sin Luna, sin estrellas. Solo oscuridad-. Pase lo que pase no te asustes, esta ciudad también tiene sus encantos.

Y del cielo comenzaron a surgir hileras de luces azules. Eran miles de pequeños cometas que nacían en un único punto y volaban sin orden aparente contra la ciudad. Según se aproximaban aquellas luces brillantes, sus formas eran más definidas, parecían personas.

-Son *Errantes*. Almas condenadas a vivir alimentándose de otras almas.

En ese instante algunos *Errantes* se aproximaron lo suficiente para ser repelidos violentamente por algún extraño escudo invisible que protegía la ciudad.

-Aquí estaremos a salvo por el momento, pero no bajes la guardia, recuerda que nada es lo que parece en El Infierno.

Empezaba a encontrar los encantos de la ciudad. No era calida y apacible, pero por el momento, me mantenía con vida de esos seres. ¿Qué más podría pedir? Un espectáculo de luces en el cielo, por supuesto. Era hipnotizador ver a aquellos *Errantes*, y hasta cierto punto tranquilizador. Mi corazón se relajó y mi cuerpo dejó de temblar. Había tomado el control de la situación. ¿Entonces por qué notaba aquellos tirones en la pierna? Al bajar la mirada vi lo que menos me esperaba, una Niña.

Aunque estaba sucia y con la ropa raída, se podía ver que era preciosa. Bajo la mugre que cubría su cabeza se podía ver que tenía el cabello rubio y una carita redonda de tiernos mofletes. Tenía una pequeña nariz redondeada y unos enormes ojos de diferente color, azul el derecho y verde el izquierdo, con los que me miraba profundamente mientras tiraba de mí para llamar mi atención.

-¿Te has perdido princesita? -le pregunte mientras me agachaba para ponerme a su altura.

Su vestido, que estaba fuera de época, le hacía parecer una muñequita.

Aunque estaba descalzo de un pie, con mi bermuda y camiseta azules, debía parecer ante su infantil mirada un Príncipe Azul que venía a protegerla. O por lo menos eso se me antojó pensar.

-¿Has hecho caso a algo de lo que te he dicho? -Calavera parecía alterado.

La niña prestó al instante atención a Calavera clavándole la mirada, y si era posible, abriendo aún más los ojos. Luego sonrió. Parecía contenta.

-¿Te gusta esta calavera fea y gruñona, guapa?

La niña me volvió a mirar y me regaló la sonrisa más tierna y sincera que jamás había visto. Yo se la devolví.

-¿Cómo que fea? Te has mirado tú al espejo...

Calavera continuó quejándose mientras nosotros nos sonreíamos. Luego noté como ella deslizaba su pequeña piernita entre mis muslos hasta llegar a mis genitales. O, disculpad. He de aclarar que esto lo hizo con la velocidad y rudeza de una mula al saltar una coz.

Así que como todo hombre que se precie, me desplomé en el suelo esperando aún conservar todo en su sitio; y desde mi nueva perspectiva en el suelo, pude ver como la niña corría con Calavera entre sus brazos hacia el cruce para desaparecer en el interior de la ciudad, mientras Calavera maldecía mi nombre y me llamaba paleta.

Tras unos instantes de intenso, intensísimo dolor, y tras comprobar que mis dos amigos continuaban conmigo, empecé a maldecir a la pequeña bruja ladrona de calaveras.

-¡Pequeña Bruja! ¡Vale más que corras! ¡Si te atrapo verás lo que son unos buenos azotes! ¡Ladrona del demonio!

-Vacaciones en El Infierno-
Libro I: La ribera del Aqueronte
Por Ruymán Fuentes Suárez

Al instante la atención de todos dejó de ser los Errantes. Ahora el espectáculo era yo.

Quando conseguí levantarme me encontraba rodeado de curiosos. Pero los curiosos solo miran y ellos se acercaban. Estaba solo y no sabía que hacer. Pero aquella niña me había enfurecido, y no podía desaprovechar eso. Si me querían atacar me defendería. Lucharía por mi vida, o mi muerte, o como se pueda decir en El Infierno. Estaba preparado, ¿quien sería el primero? El tullido del sombrero, la mujer de las muñecas cortadas, el que me miraba de cucilllas. Los tenía a todos controlados. Excepto al que se acercó por detrás de mí.

Apenas tuve tiempo de notar la manta caer sobre mi cabeza y cubrirme por completo. Palos, puñetazos, arañazos, mordiscos, puñaladas. Esperaba cualquier cosa, y como ser racional que soy, empecé a golpear en todas las direcciones y sentidos sin orden aparente. Si era mi fin, me llevaría a alguno por delante.

-Deja de bailar y saca la cabeza por la abertura -alguien me hablaba pausadamente-. Hay un hueco. Saca la cabeza por la abertura.

Busqué un poco y no me costó encontrar la abertura. Saque la cabeza y me vi vestido con un enorme poncho descolorido y rodeado de personas muertas que miraban intensamente.

-Acompáñame. Apesta a nuevo y no te conviene seguir llamando la atención.

El que me hablaba era un viejo cojo que se ayudó de su bastón para alejar de mí a los curiosos.

-La niña, he de recuperar mi calavera.

-Olvídate de ellos por ahora y sígueme. Has de ponerte a salvo.

El viejo avanzaba rápido a pesar de tener solo una pierna.

-¿Quién eres?

-¡Ja ja ja! Curiosa pregunta para un lugar en el que nadie recuerda quien es. Puedes llamarme *Mercader*, así es como todos se dirigen a mi.

El secreto de los Errantes

No quería seguir a aquel viejo cojo, pero no tenía otra alternativa. Estaba solo, y aquel hombre era mi única esperanza. No sabía porque me había salvado o si querría algo de mí. Debía estar atento como Calavera me había pedido. ¿Qué sería ahora de él?

-¿Hacia dónde vamos? La niña huyó en al otra dirección -el viejo no respondió.

Nos metíamos por pequeñas callejuelas y salíamos por otras llenas de personas. Cada vez más hacia el interior de la ciudad. Por suerte, y ante mi asombro, las personas que ahora veía no eran los horribles muertos de la puerta. Parecían personas normales en una ciudad para nada normal, fingiendo indiferencia ante su situación de muertos. Quizás fuera lo normal, y como se suele decir, “donde fueras has lo que vieras”, así que intenté no llamar otra vez la atención.

Lo seguí por otro pequeño callejón hasta llegar a un pequeño puesto.

-Ya hemos llegado -dijo el viejo, plantándose en medio y extendiendo una mano para mostrarme el lugar-. ¡Bienvenido a mi casa!

Nos encontrábamos en una pequeña calle sin salida, donde había un pequeño puesto hecho con cajas rotas. Él se sentó sobre una de ellas y me miró como intentando analizarme. Tras su pelo alborotado asomaban unos ojillos pequeños, y una larga y gruesa nariz sobre una boca igual de grande. Le faltaba la pierna izquierda, cosa a la que no parecía darle mucha importancia. Por lo menos se movía con su bastón con la misma agilidad que cualquiera con dos piernas. Su supuesta casa o mercado no tenía nada fuera de lo común. Ha decir verdad no tenía absolutamente nada.

-Gracias por ayudarme, pero necesito saber donde puedo encontrar a la niña.

-¿Has perdido tu óbolo y tu baúl verdad? -Supongo que con solo echarme un vistazo aquello era más que evidente-. Hay muchos como tú en esta ciudad. Tuviste suerte de que aquella niña te atacase primero. Muchos de los de allí te hubieran abierto en canal para comprobar que no te hubieses tragado la moneda. Con tus ropas y tu miedo dejabas muy claro que acababas de llegar. Y todos los nuevos llevan un óbolo, y con eso se puede pagar un viaje al otro lado del río.

-¿Entonces por qué crees que lo he perdido?

-Ya te lo he dicho. Tu ropa. Si hubieras abierto tú baúl te habrías cambiado y puesto algo más discreto para entrar en esta ciudad. Fue fácil deducir que si no habías visto un baúl enorme, menos aún una pequeña moneda.

No había sido precisamente así, pero su deducción era lógica.

-Ya veo. Así que le debo la vida, ¿No es así?

-¿La vida? Tú ya no tienes de eso.

-Pero dijo que me hubieran abierto en canal los de allí atrás.

-Acércate -caminé hacia el viejo y me puse a apenas un paso de distancia-.

Ahora extiende tu mano.

Extendí la mano izquierda. Él la agarró y con el índice de su otra mano empezó a realizar sobre mi palma extrañas figuras. Sus manos estaban sucias y sus largas uñas, resquebrajadas y llenas de mugre. No sabía lo que me estaba haciendo. Quizás leyendo mi *futuro*.

De improvisó clavó su uña en mi mano e hizo un corte que me recorría la palma de lado a lado. La aparté instintivamente para protegerla.

-¡Está Loco, viejo chiflado! -La mano me sangraba-. ¡Se ha visto las uñas! Se me infectará la herida.

-Mírate la mano.

-¡Esta llena de sangre! Creía que me estaba leyendo el futuro.

-Mírala atentamente.

-Vacaciones en El Infierno-
Libro I: La ribera del Aqueronte
Por Ruymán Fuentes Suárez

Volví a mirar mi mano. Tenía mucha sangre, pero la herida ya se había cerrado. Pase los dedos para apartar la sangre y comprobar que no quedaba rastro alguno de herida.

-¿Que me ha hecho?

Aquello debía ser brujería.

-Deja que te explique. Aquí en El Infierno tu cuerpo se comporta distinto a como lo haría en vida. Ya estás muerto y por lo tanto no puedes morir otra vez, solo *transformarte*. Cualquier pequeña herida que te hagas te dolerá como en vida, pero su dolor será un instante, al igual que tú recuperación. Ya has visto tú mano, y lo has comprobado con la niña. Aquella patada te tendría que haber dejado tumbado un buen par de minutos, y en cambio te levantaste a los pocos segundos.

-¿Somos inmortales?

Esto sonaba genial.

-No he dicho eso. Si las heridas son muy graves puedes perder el control de tu ser y transformarte -el mercader señaló al cielo. Allí seguían volando los Errantes intentando inútilmente entrar en la ciudad-. Los Errantes eran personas normales, que o bien fueron atacadas por gente de aquí o sus cuerpos destruidos por otros Errantes. Si te hubieran destripado buscando el óbolo, te hubieras transformado instantáneamente en uno de ellos. El hechizo de la Emperatriz te hubiera lanzado fuera de la ciudad y tu mente se hubiera nublado con la única idea de acabar con todo ser que te rodee.

-¿La *Emperatriz*? O sea que hay alguien con poder en esta ciudad.

Quizás me ayudase.

-Yo no lo diría así. Los Lamentos está protegida por una muralla circular, y una gran estrella de cinco puntas dibujada con sus calles principales. Todo forma parte de un hechizo que creó la Emperatriz hace más de diez mil años. Ella es muy poderosa, pero sólo se encarga de mantener activo el hechizo cada noche.

-Pero alguien se encargará de dirigir esta ciudad.

-Ha decir verdad, ¡no! La ciudad está dividida en capas. Según te aproximes a su interior la gente parece más normal pero irá disminuyendo la seguridad. En las zonas más céntricas es donde se encuentran algunas bandas que se ocupan de desprevenidos y recién llegados, como tú, robándoles o devorándolos. La niña que te atacó debe de formar parte de alguna de ellas.

-¿Devorar? ¿Acaso son canibales?

-Si un alma poderosa devora a otra esta pasa a formar parte de la primera, aumentando su poder.

Como en un videojuego, que divertido.

-¿Sabes a que banda pertenecía la niña?

-No.

-Si quisiera encontrar a la Emperatriz, donde debería buscar.

-Se encuentra en el centro de la ciudad, pero no te ayudará. Hace mucho que no permite la visita de nadie.

A mí si me vería. Necesitaba cruzar el río la próxima noche. Buscaría el modo de recuperar a Calavera y mi óbolo.

-He de irme viejo. Gracias por ayudarme.

-¿Cómo que gracias? Soy el Mercader. Yo te he ayudado. Ahora has de pagar por mi ayuda -me temía lo peor. No quería zurrarle a un abuelo, pero si era necesario lo haría. -Dame tu zapato.

-¿Cómo dice?

-Es del pie derecho. Me gusta. Yo te he protegido, te he dado ropa para que pases inadvertido y te he dado información. Tu zapato. Es un trato justo -no recordaba que lo llevaba, todo había sido muy movidito desde mi llegada-. Quiero tu zapato.

Al instante me lo quitó y se lo entregué. A mí me sería más cómodo ir totalmente descalzo, aunque el suelo estuviera asqueroso.

-Vacaciones en El Infierno-
Libro I: La ribera del Aqueronte
Por Ruymán Fuentes Suárez

-¿Cuanto tiempo llevas en esta ciudad abuelo?

-Mmm -el viejo se había calzado y parecía que le gustaba-. Casi doscientos treinta años. Me encanta el zapato. Gracias.

El anciano me dio mucha pena, pero tenía que resolver mis propios asuntos antes de la próxima noche.

Me despedí y salí del callejón. Siguiendo las indicaciones que me había dado el mercader me dirigí hacia el interior de la ciudad por una de las calles principales. La gente se cruzaba conmigo sin prestarme atención. La mayoría parecían normales, otros no tanto. Supongo que no tienes el mismo aspecto si mueres de un ataque cardiaco que de una cuchillada en la garganta. Aún así, era como caminar por cualquier ciudad, nadie prestaba verdadera atención a nadie. No me importaba, ha decir verdad era la situación perfecta para pasar inadvertido y llegar hasta la Emperatriz, y quizás con suerte, obtener su ayuda.

El engaño de Agua Sucia

Las palabras del viejo se repetían en mi mente mientras caminaba adentrándome en la ciudad. Desde que había llegado al Infierno me había tropezado, caído ladera abajo, recibido un martillazo en la cara, un corte en la palma de la mano y hasta una patada en los huevos. Pero por alguna razón me encontraba físicamente bien. Hasta diría que mejor que bien. Me sentía lleno de vitalidad, aunque eso era una ironía estando muerto. No sabía si los de mí alrededor se sentían igual. Todos parecían personas grises que se deslizaban por la ciudad, absortos en su nueva realidad. Y a pesar de la situación en la que me encontraba, sonreí.

Me detuve, miré a mí alrededor y pensé un instante. Cuando estamos vivos nos cohibimos de hacer las cosas que nos apetece por la reacción ajena, miedo a hacernos daño o simplemente vergüenza. Yo no me encontraba en esa situación. Que me importaba lo que pensasen un par de difuntos, y estaba claro que era muy difícil hacerme daño de manera permanente. Quizás no fue una buena idea, pues no debía llamar la atención, pero empecé a correr hacia el interior de la ciudad.

Era increíble, sentía que corría más rápido de lo que lo hubiera hecho jamás mientras todos me miraban como si estuviera loco. Esquivaba a la gente con mucha facilidad, una persona, otra, otra más. Un obstáculo en el suelo, un salto demasiado alto, y al volver el suelo mi pié patinó. Caí de lado y me deslicé por el suelo de costado antes de chocar contra una pared. Me había hecho mucho daño, pero sabía que era un pequeño precio que pagar. Es increíble la capacidad humana de aguantar el dolor, sobre todo cuando sabes que este pasará sin dejar ninguna secuela. Me quedé sentado en el suelo observado como si fuera un niño al que le había salido mal la travesura. El dolor desapareció y en su lugar apareció una estruendosa carcajada. Me sentía genial. No podía contener mi estado de ánimo, ni me importaba la gente que me miraba, solo quería hacer todo lo que no me había atrevido a hacer en vida y que ahora se me brindaba como un juego en el que sólo podía divertirme.

Y entonces la vi entre la gente. Unos metros por delante de mí se encontraba la niña que me había robado. Cruzaba la calle acompañada de otras dos personas y se dirigían hacia un callejón. Y yo, mientras tanto, estaba en el suelo, ¿qué me estaba pasando? Estaba en El Infierno atrapado y mi preocupación era saber cuan rápido podía correr entre la gente. Despierta EbOLA. Era hora de ponerse serio.

Seguí a los tres lo más alejado que pude. La niña parecía estar escoltada por sus amigos. Entraron en el callejón y yo decidí ocultarme tras unas cajas. Debía esperar mi momento para actuar. Los tres se detuvieron. Parecían esperar a alguien.

-¿Qué hacemos aquí? -la niña se dirigía a uno de sus amigos.

-¡A callar agua sucia! -respondió el de aspecto más corpulento, mientras se protegió la cara con una de las manos-. Son las órdenes de Cadena.

-Aún no comprendo como el jefe podía soportarte -el otro hombre era más alto, delgado y aspecto fiero, y también se cubrió la cara al hablarle a la niña-. Ese hedor que emanás, es insoportable.

-Cadena sabe mi valía y que soy más lista que todos vosotros juntos. Además le he entregado un alma indefensa con la que podrá hacer lo que le plazca. He saldado mi cuenta con él -la niña se impacientaba-. ¡Entregádmelo ya y acabemos con esto!

Los dos hombres sonrieron y luego se creó un largo silencio. La niña miraba a los dos hombres de manera muy desafiante.

-Ahora lo traerán agua sucia. Debemos esperar aquí.

El ambiente se relajó y todos esperaron. No sabía que hacer, pero creí conveniente esperar. Debía interrogar a la niña cuando estuviera sola y sonsacarle información. Hablaba de un alma entregada y quizás fuera Calavera.

Al cavo de un rato apareció una tercera persona. Era gordo y de un aspecto muy desagradable. Parecía un cerdo sucio y grasiento.

-Vacaciones en El Infierno-
Libro I: La ribera del Aqueronte
Por Ruymán Fuentes Suárez

-¡Buenas noches caballeros! -su voz sonaba como un pito oxidado. Miró a la niña y se dirigió a ella-. ¿Agua Sucia?

La niña se alteró al ver al gordo. Intentó escapar pero el más corpulento de sus dos compañeros la retuvo por los hombros.

-¿Qué hace él aquí? ¡Soltadme! -la pequeña intentaba liberarse sin ningún resultado-. Cuando Cadena se entere de lo sucedido lamentaréis este momento.

-Ahora eres mía. ¿No lo sabías? -otra vez la voz de pito.

-¡CÁLLATE! Me das asco solo con oírte. ¡Soltadme he dicho! Y apartad de mí a este mentiroso gordo repugnante.

-Lo de repugnante no te lo discuto Agua Sucia, pero no miente -la niña parecía helada ante tal respuesta-. Cadena te ha vendido.

-Eso es...eso es imposible. Teníamos un trato. El me había prometido...yo le he dado un alma...él me lo prometió.

-Vaya vaya, tan llorona como siempre Agua Sucia -el gordo se aproximó a la niña, y se tapó la nariz, con lo que su voz sonó aún más como un pito-. Y tan pestilente.

-Es toda tuya gordo. Tengo curiosidad ¿Qué harás con ella? Ni siquiera Cadena quiso devorarla. Decía que su hedor era demasiado fuerte y su alma demasiado débil.

-Tengo pensado décadas de torturas y lamentos para esta pequeña ladrona. Lamentarás lo que me hiciste Agua Sucia. Pasarás siglos lamentándolo.

La niña debía sentirse desconcertada. La habían traicionado y vendido, y en breve sería el fruto de la mente corrompida de aquel gordo con voz de pito. ¿Qué debía hacer? Nunca me he sentido un héroe, y no le debía nada a aquella ladrona. Seguro que se merecía lo que se le venía encima, y aún así.

-¡Eh Gilipollas! -así estaba bien, con diplomacia-. ¿Por qué no os metéis con alguien que os plante cara en vez de con una pobre niña?

¿Y quién les plantaría cara?

Los tres hombres miraron en mi dirección, antes sus ojos yo debía ser otro harapiento más. La verdad es que ante los míos lo era. La niña aprovechando la situación golpeó al gordo, que se encontraba distraído en ese momento, entre las piernas. Recordaba esa patada. El gordo cayó redondo al suelo. Ella no contenta con eso, se retorció entre los brazos de su captor, le mordió una mano y se liberó. Intentó huir hacia el otro lado del callejón pero el hombre corpulento reaccionó rápidamente agarrando con su enorme mano la cara de la niña, la cual estampó brutalmente contra la pared arrancando parte de esta. La niña quedó desplomada en un charco de sangre sin hacer ningún movimiento.

-¡Estúpida niña! -se quejaba el agresor de la mano que le habían mordido-. No creo que se mueva en un buen rato- se giró y señaló en mi dirección-. ¡TÚ! No se quien eres, pero lamentarás lo sucedido. ¡Te vamos a abrir en canal!

Los dos hombres empezaron a correr hacia mí. Unos minutos antes me sentía fuerte y valiente, pero eso era antes de ver como reventaban la cabeza de una niña como si fuera un melón. Aunque quizás podría con ellos, ¿por qué no?, sería capaz de soportar los golpes y les ganaría sin dificultad. Comenzaba a ponerme en posición de combate cuando el alto y delgado sacó de su espalda un machete del tamaño de una espada. Podría soportar algún puñetazo, pero que me abriesen en canal como a un pollo era otra historia para la que no estaba tan preparado.

Sin pensármelo dos veces, y viendo que aún tenía posibilidades, arrojé las cajas para obstaculizar el camino y salí corriendo por donde habíamos entrado.

Me encontraba de nuevo en el callejón, pero iba tan rápido que me patiné con el suelo y casi pierdo el equilibrio al chocar con otra persona. Miré hacia atrás y vi como ambos hombres saltaban las cajas como fieras salvajes. Ellos también tenían una agilidad, y seguramente, una fuerza superior a la normal. Tendría que esforzarme al máximo, así que seguí corriendo y esquivando personas. Tras de mí oía a esos dos

-Vacaciones en El Infierno-
Libro I: La ribera del Aqueronte
Por Ruymán Fuentes Suárez

siguiéndome y apartando a las personas a empujones. Giré por un pequeño callejón a mi izquierda, debía darles esquinazo. Mis pies volaban por encima de aquel suelo húmedo y resbaladizo. Apenas notaba que me cansase y parecía que les estaba sacando ventaja, me escaparía, solo necesitaba saltar aquel *pequeño muro de cinco metros de altura*. Ahora no me quedaba duda, me iban a matar. Pero no podía dejar de correr. ¡Que coño! Saltaría el muro.

No sabría explicar cómo, pero conseguí dar dos pasos por una de las paredes e impulsarme contra el muro lo suficiente para agarrarme a lo alto y con solo mis brazos elevarme sobre él y saltar al otro lado. Había leído que en situaciones extremas la adrenalina se dispara y el cuerpo humano es capaz de realizar proezas titánicas. Pero yo estaba muerto... y al otro lado del muro, ya buscaría las explicaciones luego.

Por suerte para mí, mis perseguidores parecían tener más dificultad con el obstáculo, con lo que conseguí la ventaja que necesitaba para salir del callejón y ocultarme entre la multitud. Aún así no deje de correr. Y cual fue mi sorpresa al ver salir por un lado de la calle al gordo, aún dolorido, arrastrando el cuerpo de la niña.

-¡Eh, cabrón! –grité para llamar su atención.

El gordo se giró y me vio corriendo hacia él entre la gente. Soltó a la niña y se preparó para golpearme con una tabla que llevaba a la cintura. Cuando me encontraba a unos pasos de él, y en el instante en el que atacó con la tabla contra mi cabeza, me deje deslizar por el suelo como si fuera un jugador de baseball en busca de la base. El se quedó atónito al verme deslizar entre sus piernas. En ese instante golpeé con todas mis fuerzas sus ya de por sí doloridos testículos. Me levanté y recogí a la niña mientras el gordo volvía a caerse de bruces. Seguí corriendo y no paré hasta sentirme completamente seguro.

No sabía donde me encontraba, pero por allí no había gente. Me metí por una puerta aguantando la niña como si fuera un pelele. Ni siquiera me había dignado a mirar si estaba muerta o no. Bueno, muerta ya lo estaba, pero si no se había transformado en un errante era buena señal. Debía estar inconciente, si el viejo no me había mentido con sus explicaciones sobre la no vida y la transformación a errante. Subí unas escaleras. Otra puerta, más escaleras y de nuevo otra puerta. Me encontraba en una pequeña habitación. Estaba llena de desperdicios y escombros. Al fondo, cerca de una ventana de cristales rotos y cubierta con una pequeña tela, había una cama vieja de madera destartada y sin colchón. Atranqué la puerta lo mejor que pude y dejé a la niña sobre la cama arropada con el poncho que me había dado el mercader, y mientras lo hacía comprobé que su herida parecía ya cerrada. Entonces noté su olor. Aquello no era hedor, olía maravillosamente bien. No entendía nada.

Me senté en el suelo y esperé a que despertase. Tenía muchas cosas que preguntarle.

Cadena, rey de Los Lamentos

Durante la hora que estuve esperando a que despertase pude pensar en mi situación. Aquella niña tendría que ayudarme de un modo u otro, era mi única posibilidad para encontrar una solución. Tenía que averiguar todo lo posible sobre ella, ese al que llamaban Cadena y el paradero de mi compañero de viaje, Calavera. Tendría que tener cuidado si quería sacarle toda la información posible.

La niña se movió, abrió los ojos, se mantuvo boca arriba un instante y con un sobresalto se incorporó, examinó toda la habitación y me miró con sus enormes ojos de distinto color.

-¿Dónde estamos? ¿Dónde están ellos? -estaba muy alterada.

-La verdad es que no sé donde estamos. Conseguí escapar de tus amigos y en mi huida te traje conmigo.

-¡No te pedí que me trajeses! -estaba enfadada.

-De nada.

La niña me miró sorprendida.

-¡Yo no te he dado las gracias!

-Estás sana, aunque no viva, y ya parece recuperada. Para mi es suficiente - tenía que parecer simpático.

-¿Intentas ganarte mi confianza? No soy una estúpida ¿sabes?

La niña se sentó al borde de la cama con sus pequeños pies colgando sin llegar al suelo. Me miraba fijamente, intentando estudiarme, analizarme.

Su aspecto era el de una preciosa niña de no más de seis años, con sus pequeños bucles rubios y sonrosadas mejillas. Aún sucia como estaba, tenía que reconocer que era la típica niña a la que te encantaría pellizcar los mofletes. Hasta su vestido descolorido le daba un aspecto de muñequita de porcelana. Definitivamente era la ladrona más pequeña y bonita que había visto jamás. Pero parecía intentar ser más fría y más dura de lo que ninguna niña tendría que ser a esa edad. Tenía que ser amable con ella si quería sacarle información.

-¿Cómo te llamas Princesita? -La niña soltó una carcajada mientras golpeaba con los talones de sus botas la cama-. Yo soy EbOLA.

De inmediato dejó de reírse.

-Eso es imposible -estaba enfadada otra vez-. Nadie puede recordar nada de cuando estaba vivo. Ni siquiera su nombre.

-No miento. Mi nombre es EbOLA, y puedo recordar prácticamente toda mi vida. Ha decir verdad, tengo problemas en recordar cuando tenía menos de diez años, pero eso es otra historia.

-¡Mientes!

No podía estancarme en una discusión tan pronto, tendría que cambiar de tema.

-Puede, pero entonces ¿Por qué te llamaban *Agua Sucia* en el callejón? ¿Es ese tú nombre, o es quizás un insulto?

La niña bajó la mirada.

-Así es como ellos me llaman. Pero eso no significa que me guste ese nombre.

-Te doy la razón. Me parece un nombre muy feo para una niña tan guapa.

La niña volvió a reír con fuerza.

-Eres como todos los hombres que conozco. Solo crees en lo que ves. ¿Qué edad crees que tengo *abuelito*?

La niña intentaba irritarme, pero le seguiría el juego.

-Veamos... -Miré a la niña de arriba abajo y puse cara de estar pensándolo concienzudamente-. Yo diría que unos seis años, ni uno más.

Ella volvió a reír.

-La mayoría de la gente dice esa edad al verme. Puede que sea cierto -su cara se volvió entonces muy seria-. Pero llevo casi veinticinco años en Los Lamentos.

-Vacaciones en El Infierno-
Libro I: La ribera del Aqueronte
Por Ruymán Fuentes Suárez

-¡Increíble! Eso significa que tienes...seis más...eso son treinta y dos años. ¡Eres mayor que yo! -no me lo podía creer-. Pero tu aspecto es el de una niña. ¡Es imposible!

-La gente aquí no envejece. Al cabo de mucho tiempo su cuerpo comienza a deteriorarse, pero no envejece nunca -lo decía muy triste.

-Necesito que me ayudes. Tienes que decirme donde está Calavera y como puedo recuperarlo.

-¿Y por qué tendría que ayudarte?

-¡Te salvé la vida! -Parecía no importarle-. Y te rescaté de aquel gordo tan amigo tuyo -su pequeño cuerpo se estremeció con un escalofrío. Ella debió pensar que no me percate de ello-. ¡Quizás debería haberte dejado con él! -No dijo nada. Parecía absorta en sus temores-. Lo siento, no quería recordarte nada malo. Sólo necesito que me ayudes Princesita.

-Para empezar, deja de llamarme *Princesita*. Si te ayudo, será porque yo quiero, y no porque te deba algo. Podía haberme encargado de él cuando hubiese querido -hizo una pequeña pausa-. Quiero que esto quede muy claro: ¡te ayudaré y dejarás de molestarme, y lo hago sólo porque me das pena!

-Me parece justo. ¿Quién es Cadena?

-Cadena es el rey de Los Lamentos.

-Creía que no había ningún líder en la ciudad. Me dijeron que la Emperatriz era lo más parecido, y que ella no tenía ningún poder político.

-Cadena no es ningún líder político. Su poder es mayor. Controla todo lo que sucede en la ciudad. Nadie entra y sale de ella sin que él lo sepa; y todos los que entran, tarde o temprano le terminan debiendo algo.

-¿Cómo tú? Es por eso que me robaste, ¿verdad?

-No me justificaré usando a Cadena. Ni tampoco me arrepiento de haberte robado ni de ninguna de las cosas que he hecho -la niña dudo un momento-. Para ti ha de ser duro estar en este mundo nuevo, tan distinto y lleno de peligros, dolor y sufrimiento. Imagínate como fue para una niña de seis años que estaba sola.

-Debí ser muy duro. Lo siento.

-¡No! Fue peor. El día que llegué aquí estaba sola y tenía mucho miedo. Mi Custodio me había mostrado el camino, me había dado lo que necesitaba y me había entregado mi óbolo. Pero no me preparó para lo que sentiría al llegar aquí. Solo era una niña pequeña y tenía miedo. No podía ni moverme. Y entonces aparecieron ellos. Fue hace ya mucho, pero aún lo recuerdo con claridad. Me atacaron cuatro hombres; me insultaron, me golpearon y me robaron mi óbolo. Me dejaron media muerta, al borde de transformarme en un Errante. No podía moverme del dolor que sentía. Y entonces llegó él -por un momento la cara de la niña se iluminó-. Me cogió en brazos y dijo que no me preocupase, que él me ayudaría -los ojos de ella se clavaron en los míos-. Cadena me rescató y me trajo a la ciudad.

No entendía lo que me contaba. Pensaba que Cadena era una mala persona, un ser cruel y despiadado líder de una banda de ladrones y asesinos. No me lo podía imaginar salvando a una niña pequeña.

-Cuando me recuperé me prometió que me ayudaría a conseguir un óbolo para cruzar el Aqueronte y que podría quedarme con él, pero que debería pagar de algún modo mi estancia.

»-Cadena es el dueño de una de las mayores casas de todo Los Lamentos. En ella se reúnen todo tipo de personas para suplicarle favores, ayuda, venganza o el alma de otra persona. Cadena tiene muchos siervos y todos hacen lo que les ordena. Yo sólo era una cría pero aún así hizo un trato conmigo. *“Hay dos tipos de personas en Los Lamentos pequeña. Los que desean encontrar su destino y cumplir su condena, y los que se quedan aquí por la eternidad. Yo aún poseo mi óbolo. Jamás lo he usado y jamás lo haré. Muchos en esta ciudad lo desean, pero todos me temen y ninguno se atrevería a robármelo. Yo te lo ofrezco. Trabaja para mí y algún día podrás*

-Vacaciones en El Infierno-
Libro I: La ribera del Aqueronte
Por Ruymán Fuentes Suárez

comprármelo” -la niña parecía apunto de llorar recordando las palabras de Cadena-. Durante meses me esforcé por ser útil a sus servicios sin conseguirlo. Todos se reían de mí, decían que era una niña inútil y apestosa. Todo el mundo me rehuía. Empezaron a llamarme *Agua Sucia* por el mal olor que decían que tenía, pero a mí no me importó. Cadena era el único que se acercaba a mí, sin importarle mi olor, y me animaba, “*no les hagas caso*” me decía, “*sólo te tienen envidia. Eres más lista que ellos. Encontraremos el modo de que seas útil*”. Pensé que de verdad quería ayudarme -la niña escupió las últimas palabras con rabia, como si el dolor pudiera controlarla.

No comprendía porque me contaba esto a mí. Todo lo que había dicho hasta hora era información innecesaria para encontrar a Calavera. Entonces lo vi todo claro. No me estaba contando todo lo que le había pasado para ayudarme, sino para ayudarse. Debía ser la primera persona que intentaba hablar con ella sin insultarla en años. De algún modo estaba liberando sobre mi parte de su carga, de su dolor. No era la fría mujer que intentaba aparentar. En mi interior empecé a sentir pena por aquella pequeña e indefensa mujer con cuerpo de niña.

-Una noche varios hombres fueron a casa de Cadena a pedirle de sus favores. Yo intentaba ayudar en vano, como siempre, cuando uno de los hombres me hizo tropezar y me insultó diciendo que apestaba y que no quería que me acercase a él. Todos se rieron de mí y más de uno le imitó tirándome al suelo. Uno de ellos desgarró mi traje y me quedé prácticamente desnuda ante ellos. Dejaron de reírse. “*¿Qué pides por ver a la niña Cadena?*”, la pregunta me sorprendió, no podía entender a que se refería.

Yo me temía lo peor y mi corazón latía con fuerza por la intranquilidad que me producía el giro que estaba tomando su historia.

-Otros varios empezaron a pujar. Cadena se acercó a mí, me tapó y levantó del suelo entre sus brazos. Me sentía protegida, el siempre me salvaba. “*Llevas casi un año en mi casa, apenas puedes pagar tu estancia y aún no has descubierto el modo de reunir un pago lo suficientemente grande como para darte el óbolo que te ofrecí. No desaproveches esta oportunidad*”. Cadena arrancó mis ropas y me levantó con una sola de sus manos como si fuera una copa de vino. Todos me miraron. Sus caras eran repulsivas, salvajes, todos me daban asco y sentía como la mano que me había salvado me traicionaba. Pasé tanta vergüenza y miedo que me oriné, y ni aún así me bajó al suelo.

»-Algunos de los que estaban allí se excitaron aún más al ver a una pobre niña asustada que se orinaba temblando de miedo. Esa noche Cadena consiguió muchos favores gracias a mí. Yo en cambio no pude dormir. Deseaba no haber nacido. Odiaba a Cadena -su cuerpo se agitaba de rabia y sus ojos parecían estar a punto de llorar. No podía ni imaginarme su dolor-. Cadena me visitó esa noche y me dijo que era fuerte y que hiciese lo que sabía hacer si quería comprarle el óbolo. También me dijo que nadie se atrevería a tocarme porque mi olor les repugnaba, pero que les encantaba poder ver a una niña pequeña desnuda, y que sólo tendría que hacer eso, mostrarles mi cuerpo. Durante un tiempo me negué a hacerlo. Cadena amenazó con devorarme si no hacía lo que me pedía. No importaba que no quisiese ya el óbolo, debía obedecerle o morir.

»-Esa noche me escapé. Y durante otras muchas me escondí en la calle. Sobrevivía robando, engañando, buscando donde dormir. De algún modo debí llamar la atención del gordo que conocí en el callejón, y una noche me ofreció lo que él consideró un trato justo y al que yo me negué -podía imaginarme mil cosas, y ninguna quería creer que fuese cierta-. Aunque le molestaba mi olor me atacó he intento forzarme. De algún modo me liberé y con la ayuda de un pequeño cuchillo que llevaba encima le atacué hasta ver que no se movía. Quería que desapareciera, que se transformase en un Errante. Pero no pude acabar con su vida. Huí de allí y estuve escondida varios días.

-Vacaciones en El Infierno-
Libro I: La ribera del Aqueronte
Por Ruymán Fuentes Suárez

»-Cuando me decidí a salir descubrí que ofrecía una recompensa por quien supiera de mi paradero. Muy pronto me traicionaron los que me veían deambular cada día por las calles, y una noche me vi rodeada por ese gordo asqueroso y varios de sus amigos. Me golpearon tan fuerte y tantas veces que creía que me partirían en dos. Entonces él me volvió a salvar. Cadena me sacó de allí entre sus brazos sin decir nada y me llevó a su casa como ya lo había hecho hacía más de un año. Cuando me recuperé me dijo que tenía que pagarle de algún modo y yo le prometí que le pagaría del único modo que podía. Y así lo hice durante años.

»-Hace unos meses le pedí a Cadena el óbolo. Ya llevaba demasiado tiempo mostrándole mi cuerpo a sus clientes. Dijo que el cuidaba de mí, que me daba un lugar donde estar y que aún pasarían muchos años antes de poder ofrecerme el óbolo. Yo ya no lo soportaba más. Llevaba casi veinticinco años mostrando mi cuerpo y viendo las caras de esos hombres mientras se tocaban mirándome. Le pedía cada noche que me diera el óbolo, y él se negaba. Hasta que un día cedió ante mi insistencia. *“Consígueme un alma, y te lo daré”*. Yo sabía que eso era imposible para una niña; no podría conseguir un alma, ni atacar a nadie y mucho menos vencerle. Entonces apareciste tú con esa calavera. Y vi mi oportunidad de ser libre. Pero todo ha salido mal. Jamás podré salir de aquí.

La niña estaba quieta mirando el suelo. ¿Cómo pudo aguantar durante tantos años aquella niña esas vejaciones? No podía pensar con claridad. Su dolor se había transformado en parte de mí. Odiaba a Cadena por todo lo que le había hecho. Odiaba a aquel gordo que quería llevársela. Odiaba a todos los que habían mirado su pequeño cuerpo desnudo. A todos los que la habían insultado y a todos los que no la habían ayudado. Pero eso no servía de nada, solo podía odiarlos a todos, y eso no la ayudaba en nada. Y entonces me odié a mí mismo más que a ninguno, porque yo tampoco podría salvarla. Pero fue la costumbre la que actuó por mí, expulsando de mi boca las palabras que tanto había dicho cuando me veía incapaz de hacer nada más.

-Lo siento.

-¿Qué lo sientes? ¡No intentes compadecerte de mí! Yo me río de ti ¡Ja! Si Te he contado esto porque me das pena. No eres tan distinto a ellos. ¡Todos sois unos cerdos! ¿Quieres que te ayude a salvar a tu amigo? ¡Yo no! Se porque me has ayudado; solo querías aprovecharte de una niña indefensa, pero mi hedor te ha obligado a sentarte alejado de mí ¿verdad? Me has salvado la vida, pero eres tan asqueroso como el resto de los hombres.

La niña se puso de pie en la cama. Su mirada era ardiente, despedía fuego por sus ojos. Se desabrochó el vestido y lo dejó caer a sus pies. Estaba completamente desnuda y clavaba su mirada sobre mí. No sabía que hacer, solo podía mirar a aquella pequeña niña indefensa tan llena de ira que se mostraba sin ropa ante mí.

-¡Lo ves! Dices que me salvabas la vida y que lo sientes. Pero al final, sólo eres un hombre.

Sin dejar de mirarla un instante, comencé a caminar hacia ella. Su pequeño cuerpo se estremeció. Supuse que nadie se había acercado antes a ella cuando se mostraba desnuda. Me quité la camisa y seguí mirándola fijamente. Ella no se movió, estaba petrificada por el miedo. Me detuve a apenas unos centímetros de su pequeño y frágil cuerpo. Aún estando de pie en la cama, su cabeza sólo estaba a la altura de mi pecho. Su respiración estaba muy acelerada. Bajé la mirada y encontré la suya. Sus dos enormes ojos estaban gélidos, carentes de esperanza y de ilusión. Un ojo azul, el otro verde.

Cogí mi camisa, se la pasé por la cabeza y cubrí su cuerpo desnudo. Le quedaba como un vestido varias tallas mayores.

-Un hombre se sentiría insultado por lo que has dicho –su respiración se detuvo-. Por suerte me considero solo un niño, como tú.

Sus hermosos ojos se nublaron de lágrimas y brillaron como dos piedras preciosas en su pequeña cara sonrosada. Hasta llorando era preciosa. Entonces soltó

-Vacaciones en El Infierno-
Libro I: La ribera del Aqueronte
Por Ruymán Fuentes Suárez

todo el dolor que debía llevar guardando durante tanto tiempo y lloró con fuerza sobre mi pecho. Yo no sabía que hacer, así que me limite a abrazarla y acariciar su cabeza.

Sabía lo que era no poder llorar durante años, pero también sabía lo que era llorar sin poder parar durante horas. Su pequeño cuerpo temblaba sin parar entre mis brazos, y notaba sus cálidas lágrimas caer sobre mi cuerpo. Me hubiera encantado poder protegerla por siempre así, pero como suele suceder en la realidad, los momentos se rompen de las maneras menos pensadas.

-¡Achís! –estomudé.

Era normal; estaba sin camisa, era de noche, hacía mucho frío y aún estaba empapado por al nieve de fuera.

La niña dejó de llorar despacio. Se separó de mí y con una sonrisa en los labios me dijo que me ayudaría. Se volvió a poner su vestido no sin antes obligarme a dar la vuelta y hacerme prometer tres veces que no me giraría para ver lo que ella calificó como *un cuerpo perfecto*. Me gustaba verla contenta y oírla bromear, pero no podía de dejar de pensar que sólo estaba fingiendo para ocultar su dolor.

Tras ponerme yo también mi camisa, ella decidió que por la mañana partiríamos en busca de Calavera. Me ayudaría a entrar en casa de Cadena y a recuperar a Calavera, pero ahora necesitaba descansar, pues como me dijo, su cuerpo era pequeño y por lo tanto tardaba algo más que el de un adulto en recuperarse del todo.

Pasaríamos la noche en aquella habitación. Ella dormiría sola en la cama, pues no quería que un *viejo verde* se aprovechara de ella. Yo decidí echarme lo más cómodo que pude cerca de la puerta, para poder oír si se acercaba alguien. Mi cuerpo estaba muy dolorido, había sido un día muy intenso en el que me habían ocurrido muchísimas cosas, y al igual que ella, necesitaba descansar, recuperarme para rescatar a Calavera.

Mientras miraba como ya dormía la niña, mis ojos se fueron cerrando, y pensé que sería bonito soñar con aquel angelito.

Creía que ya estaba dormido cuando oí unos pasos a lo lejos. No sabía si estaba despierto o si estaba soñando, estaba atrapado en ese punto en el que la vigilia y el sueño se confunden en una extraña realidad. Solo oía aquellos pasitos. Después silencio. Luego sentí calor en el pecho. Conseguí despertarme y me sorprendí al ver a la niña acurrucada cerca de mí en un pequeño ovillo. Tiritaba de frío. Pasé mi brazo sobre ella para abrigoarla y la acerqué a mi pecho para que no pasase tanto frío.

-¡Buenas noches Princesita!

-¡Buenas noches, *viejo verde*!

Colette, la flor solitaria

Cuando me desperté aún no era de día, y la niña seguía acurrucada entre mis brazos. Su aspecto era angelical, y aunque no quería despertarla, algo en mí interior me decía que no sería buena idea esperar más tiempo para rescatar a Calavera. Necesitaba saber si ella se había repuesto y era capaz de guiarme. Ya había decidido que no la pondría en peligro. Una vez me indicase cual era la casa de Cadena, la obligaría a ocultarse en algún lugar seguro mientras entraba a rescatarlo. Luego me reuniría con ella. Pero antes tenía que despertarla.

-¿Estás despierta? -Mi voz fue un susurro. Ella parecía desperezarse-. ¿Ya te encuentras mejor?

La niña dio un respingo, se giró bruscamente sobre su espalda y me lanzó un violento codazo contra la cara, para luego salir corriendo como alma que lleva el diablo alejándose de mí. Me miraba sorprendida. Yo me retorció de dolor. Para tener un codazo tan pequeño me había hecho muchísimo daño.

-¡Lo siento! -Parecía que lo decía de corazón-. Es la costumbre. Llevo tanto tiempo cuidando de mi misma que he reaccionado instintivamente.

-¡Auhhh!

-Ya es casi de día. Deja de quejarte y levántate, debemos darnos prisa.

Aquella niña no era un angelito, era un demonio. Era la segunda vez que me dejaba retorcido de dolor en el suelo. No costaba averiguar como había sobrevivido tanto tiempo sola en El Infierno. Pero, ¿por qué demonios estaba ella en el Infierno? No se me ocurría que mal podía acumular en seis años una niña para merecer ir al Infierno. Tampoco estaba claro el motivo de su muerte. La mayoría de los habitantes de la ciudad que había visto deambulando por las calles tenían evidencias de la forma en que murieron. Pero ella no tenía ninguna. En su pequeño cuerpo no se veía ninguna cicatriz, ni rastro de una enfermedad mortal que le pudiese dejar alguna marca o secuela.

-¿Por qué estás en Los Lamentos? -le pregunté mientras me levantaba, ya recuperado del golpe.

-Ya te lo dije ayer. Cuando Cadena me recogió me trajo aquí.

-Quería decir en El Infierno en general. No imagino que pecado puede condenar a una niña de seis años. ¿Acaso comías demasiado dulce y te condenaron por *gulosos*? -intentaba bromear con un absurdo juego de palabras, pero su rostro se quedó helado.

-¡Ya te dije que no lo recuerdo! Eres la única persona que conozco que pueda recordar esas cosas. No sé mi nombre, y aún menos porque estoy aquí.

La pregunta la había puesto nerviosa. No sacaría más ese tema, no quería hacerle daño ni recordarle las cosas horribles por las que había pasado.

-Eso tiene solución -me miró asustada, supuse que por lo que pudiera decir-. Te llamaré Colette.

-Co...lette.

-¡Sí! Me recuerdas a una pequeña muñequita francesa. Me gusta ese nombre para ti, pero si prefieres otro...

-¡Me gusta! -No me había dejado acabar la frase. Se quedó pensando un rato-. Gracias.

-Un placer Lady Colette.

Hice una reverencia exageradamente rimbombante, y a ella le hizo tanta gracia que me respondió inclinándose ligeramente agarrando su vestido por los extremos, imitando a una pequeña dama de la nobleza.

-Debemos irnos ya -puntualizó la niña.

Salimos de la habitación, que tan bien nos había servido de refugio durante la noche, y bajamos las escaleras hasta el exterior. Aún estaba oscuro, pero se podían

-Vacaciones en El Infierno-
Libro I: La ribera del Aqueronte
Por Ruymán Fuentes Suárez

ver personas andando por las calles. Supongo que cuando estás muerto cualquier hora es buena para dar un paseo.

-Tenemos que dirigirnos hacia el interior. Muy cerca de la Torre del Abismo, donde vive la Emperatriz, se encuentra la casa de Cadena. Si nos damos prisa llegaremos en menos de una hora, justo antes del amanecer, y podremos colarnos por una entrada que pocos conocen.

No quise comentarle aún, que en mis planes, ella esperaría fuera de la casa en un lugar seguro. Prefería esperar.

Colette y yo empezamos a dirigirnos al interior de la ciudad. Era extraño caminar por aquellas calles con una niña al lado. Me hacía sentir como un padre caminando con su hija pequeña. Pero su forma de caminar, su mirada, su decisión, las palabras que usaba al hablar, todo dejaba muy claro que no era una niña normal. Ha decir verdad era mayor que yo, pero, aún sabiéndolo, no podía dejar de ver solo a una niña de seis años.

De improviso agarró mi mano y nos metimos por un pequeño callejón. Su pequeña mano estaba fría, pero tenía un tacto suave y delicado. Me arrastró como si fuera un niño pequeño. La hija guiando al padre.

-Es un atajo -salimos a una calle bastante grande, bien iluminada y llena de gente-. Es más seguro ir por aquí.

Seguimos avanzando uno al lado del otro. Me llamó la atención que aunque ahora caminábamos a la par, ella no había soltado mi mano. Colette se percató de cómo la miraba y debió deducir por mi expresión lo que pensaba.

-Eres nuevo aquí. ¡No quiero que te pierdas! -dejaba bien claro quien cuidaba de quien.

-Claro mamá.

-No me llares así -me sacó la lengua-. Somos niños, ¿recuerdas?

Seguimos avanzando entre la multitud. La gente ya no me parecía tan peligrosa ni desagradable, y me gustaba del modo que nos miraban cuando pasábamos cerca de ellos. Debía ser muy poco habitual ver a una niña paseando con un adulto como si estuvieran en un parque. De algún modo, pensar en un parque me recordó a la comida. Un enorme algodón de azúcar en las pequeñas manos de Colette.

-¿No deberíamos comer algo?

-¿Tienes hambre?

Ha decir verdad, no tenía ni una pizca de hambre ni sed.

-No, pero deberíamos comer algo. Llevo casi un día sin comer nada.

-En El Infierno no es necesario comer ni beber. Por lo tanto no hay comida.

Aunque si que hay alguna que otra bebida.

-Comprendo -delante había un grupo de gente que se había detenido y formaban un corro-. Parece que pasa algo ahí delante.

-No puedo ver nada desde aquí abajo.

Sin pensarlo dos veces me puse detrás de ella, la agarré por la cintura y la aupé sobre mis hombros. Ella se asustó y se agarró a mi pelo. Luego se relajó y miro al rededor.

-Esto es genial -se concentró en el grupo de personas paradas-. Son dos hombres discutiendo, deberíamos seguir por ahí, no tendremos problemas para pasar.

A Colette le divertía estar sobre mis hombros, y empezó a señalar y preguntar si veía cosas y personas que desde mi punto de vista eran imposibles. Estaba tan distraído con ella, que no me di cuenta y tropecé con un hombre. Vestía ropas completamente blancas y tenía el rostro pintado con unas marcas que bajaban desde su frente hasta casi la comisura de los labios. Nuestras miradas se cruzaron un segundo, y por un instante pensé que me exigiría una disculpa, pero en vez de eso siguió caminado y se alejó. Colette no se percató de nada.

-Vacaciones en El Infierno-
Libro I: La ribera del Aqueronte
Por Ruymán Fuentes Suárez

Seguimos caminando por aquella calle durante casi veinte minutos cuando tuve esa sensación incómoda de alguien que te clava la mirada en la nuca. Me giré lo suficiente para ver que el hombre vestido de blanco con el que me había tropezado nos seguía a una distancia prudencial. Era fácil verlo entre la multitud. Sus ropas estaban en perfecto estado y de un blanco casi inmaculado.

-¿Colette?

-Sí.

-¿Si seguimos por este camino llegaremos a la casa de Cadena?

-Sí, esta es una de las calles principales. Si seguimos por aquí llegaremos sin problemas.

-¡Agárrate fuerte!

Sin darle tiempo a preguntarme el porqué, agarré con fuerza sus piernas y empecé a correr lo más rápido que pude esquivando a la gente.

-¿Por qué corres? Vamos bien de tiempo -me agarraba de la frente con una mano y me tiraba del pelo con fuerza con la otra-. Si sigues así me voy a caer.

-¿Conoces al hombre de blanco que nos sigue? -la niña se giró y miró.

-No, pero viene corriendo también -Colette volvió a mirar hacia el frente y tiró bruscamente de mi pelo con ambas manos haciéndome, una vez más, mucho daño-. Rápido bájame. Los hombres de Cadena están delante, si me ven estamos perdidos.

Bajé a Colette de mis hombros, y la llevé agarrada entre mis brazos.

-¿Te han visto? -me había parado, no sabía hacia donde ir.

-No lo sé. ¡Rápido! Giremos por esa calle.

Corrí con Colette entre los brazos a través de una calle y fui girando según sus indicaciones. No sabía si nos seguían aun. Quizás no nos habían visto, pero debíamos estar seguros. Delante de mí se abría una salida a otra calle, en la que había tanta gente como la principal por la que caminábamos antes. Nos esconderíamos entre ellos e intentaríamos llamar menos la atención. Pero no pudo ser.

Dos hombres aparecieron en la salida de improviso, cortándonos el paso. Uno de ellos era el hombre corpulento que había entregado a Colette. Me detuve en seco y me giré para volver corriendo sobre mis pasos, pero detrás había otros tres hombres esperándonos. El del medio era el alto y delgado que acompañaba al corpulento, y como la vez anterior saco el machete que llevaba.

-Es la segunda vez que me haces correr -se acercaba a nosotros, y no parecía contento-. Y ya estoy cansado de tanto juego.

Bajé a Colette al suelo. Tenía que ganar tiempo, buscar el modo de distraerles y que así ella escapase, y entre la confusión quizás yo también. Con suerte podría sacudirle un buen golpe en la cara, arrebatarle el machete y ahuyentar al resto. O intentar alguna acrobacia como la vez anterior y huir. Pero con ninguna de esas posibilidades aseguraba la integridad de Colette.

-¡Dejad a la niña en paz! ¡Hablemos! -Seguía caminado hacia nosotros con paso decidido-. Tiene que haber algo que os pueda ofrecer.

-Por supuesto -sus palabras sonaron como una cuchilla.

Su brazo tomó impulso para atacarme e inconscientemente empujé a Colette alejándola de mí y del golpe. El machete voló en su mano tan rápido que apenas pude ver venir el golpe y mucho menos moverme. No entendía lo que había pasado, sólo podía ver la estela que había dejado la hoja. Lo siguiente que ocurrió fue muy desconcertante. Me encontré mirando a ese horrible cielo oxidado que empezaba a aclararse, luego vi boca abajo a los dos hombres de Cadena que se habían quedado detrás nuestro, y después mi propia espalda y mis piernas. Luego sentí que me golpeaba contra el suelo y rodaba. O por lo menos mi cabeza.

Cuando paré de rodar pude ver a Colette sentada en el suelo, mirando mi cuerpo aún de pie y después a mi cabeza en el suelo. Su rostro estaba petrificado por el miedo. Luego todo se oscureció y escuché su agudo grito.

-Vacaciones en El Infierno-
Libro I: La ribera del Aqueronte
Por Ruymán Fuentes Suárez

-Marchémonos de aquí antes de que se transforme en uno de ellos -la voz parecía apagarse a cada palabra.

Oía los llantos de Colette preguntando el porqué y pidiendo que la soltasen. Eso fue lo último que oí antes de hundirme en el más oscuro silencio.

La penitencia de Gab

Ni un solo sonido. Sólo la oscuridad que me devoraba. Cada vez me era más difícil pensar y mantener la conciencia. Me estaba desvaneciendo a pasos agigantados y sólo sentía como la impotencia se apoderaba de mí y la oscuridad de todo lo demás.

A lo lejos un destello. Creía que sólo lo había imaginado cuando volvió a aparecer, ahora algo más cerca. Era una tenue luz azul que se aproximaba, bailando de un lado a otro en medio de la oscuridad. Me costaba pensar pero aun podía mantener parte de mi atención en aquella luz. Cuanto más se aproximaba, más difícil me resultaba mantener la conciencia. La luz fue tomando una forma que podía reconocer, y unas palabras vinieron a mí como lápidas que me sepultaban: E-RRAN-TE.

Como una bestia hambrienta, el errante se abalanzó sobre mí, abrió su enorme boca y me engulló.

Minutos, horas, días. No podía calcular el tiempo. Imágenes horribles se me aparecían constantemente para atormentarme en mi inconciencia. La pequeña Colette muerta, Calavera pulverizada, los hombres de Cadena degollando personas, el rostro del hombre de blanco con el que me había tropezado, mirándome fijamente para luego transformarse en un monstruo ante mí. Y mi cuerpo devorado una y otra vez por el errante.

Mis ojos se abrieron lentamente. Me costaba ver. Una niebla me envolvía impidiéndome ver nada con claridad a excepción de una luz muy intensa que me hacía daño. Próximo a mí oí una voz.

-Parece que se recupera -entre la niebla pude ver una cara cubierta por dibujos-. Descansa.

Mis ojos se volvieron a cerrar.

Volví a sumirme en la incertidumbre del transcurrir del tiempo, cuando abrí los ojos por segunda vez. La niebla continuaba y ahora escuchaba una voz femenina a lo lejos.

-...él lo traerá ante mí.

Parecía discutir con otra persona. Giré la cabeza y perdí la conciencia otra vez, no sin antes ver lo que se me antojó como un pájaro encadenado con las alas abiertas.

Cuando volví a abrir los ojos, por tercera vez, la niebla parecía haberse disipado por completo. La claridad era muy intensa y me molestaba. Todo a mí alrededor parecía brillar. Con los ojos entrecerrados,forcé la vista y miré al techo. Era dorado y estaba lleno de dibujos de ángeles. Representaban una lucha entre ellos. Había un ángel con aspecto de mujer llorando...era la crónica de una guerra entre los ángeles. O por lo menos eso me pareció.

Un pequeño espasmo movió los dedos de mi mano derecha, y recordé lo sucedido en el callejón. Me sentía débil y me costaba moverme, pero me esforcé y rocé con mis manos mi pecho y el cuello. Todo parecía estar en su sitio. Aparté la suave sábana de seda que cubría mi cuerpo y me incorporé. La cabeza me dolía y daba vueltas, y al bajarme de la cama me costó mantener el equilibrio.

Toda la habitación en la que me encontraba estaba decorada en dorado, y en algunas paredes se podían ver dibujos parecidos a los del techo. En una esquina de la habitación había un espejo, y empecé a caminar hacia él. Quería ver la herida de mi cuello, me ardía muchísimo. Pero al verme, no fue la herida lo que llamó mi atención. Mi cuerpo, ya delgado de por sí, se encontraba literalmente consumido. Músculos reseco estrangulaban mis huesos en un cuerpo de aspecto débil y enfermizo. Mi rostro estaba sin expresión y descolorido, y al cuello llevaba una venda roja, cubriendo mi herida. Aquella visión de mi mismo me afectó tanto que perdí el equilibrio y caí sobre mi huesudo culo.

-Vacaciones en El Infierno-
Libro I: La ribera del Aqueronte
Por Ruymán Fuentes Suárez

-Veo que ya te has despertado -era una suave y delicada voz femenina que provenía de detrás de mí.

Me giré y vi a una hermosa mujer en la puerta de la habitación, de piel sonrosada y cabello corto, rubio como el sol. Llevaba un vestido de gasa azul, que aunque la cubría de pies a cabeza, insinuaba grácilmente las formas sensuales de su cuerpo. Me miraba desde la puerta con rostro sereno, transmitiéndome paz con su sonrisa.

-¿Qué le ha pasado a mi cuerpo? -pregunté, pues de algún modo creía que aquella mujer lo sabría.

-Yo lo veo bastante bien en comparación a cuando llegaste. A decir verdad aún no comprendo como ya has sido capaz de levantarte -me dedicó una amplia sonrisa-. Definitivamente no eres un humano cualquiera.

-¿Quién eres?

-Es de mala educación preguntar el nombre de una persona sin antes haberse presentado.

-Yo soy EbOLA.

-Pero, ¿quién es EbOLA? -No me dio tiempo a preguntarle otra vez por su nombre-. ¿Qué es EbOLA?

Parecía querer darme una clase de filosofía, pero su voz, su tono, no eran los de un profesor. Era casi mágico escucharla.

-Ya lo has dicho; soy solo un humano.

Y si no tuviera mis dudas sobre su procedencia, hubiera añadido que era tan humano como ella.

-Te equivocas. Tú, ya no eres un humano normal -se fijaba en mi consumido rostro buscando la expresión de incertidumbre que no podía mostrar-. ¿Sabes que es un *No-Santo*? -Mi silencio fue la respuesta que necesitó para explicármelo-. Por norma general, una vez muere una mujer, o un hombre, este va al cielo o al infierno dependiendo de los actos que han marcado su vida. En algunos casos, estos actos son tan excepcionales que alcanzan la santidad y su recompensa es un lugar muy próximo a Dios. Y luego están los *No-Santos*.

Vaya, seguía sin saber lo que supuestamente era un *No-Santo*, ni de qué me hablaba.

La mujer caminó hacia mí. Sus movimientos eran delicados y sensuales. Tras ella se arrastraban unas delgadas cadenas de plata. Cuando llegó cerca de mí se agachó apoyándose sobre sus rodillas para luego sentarse sobre sus piernas. Acarició mi rostro y noté la calidez y suavidad de sus manos. Sus ojos estaban llenos de lágrimas, y de algún modo supe que eran por mí.

-Los *No-Santos* están condenados por la eternidad a no tener descanso ni en este mundo ni en ningún otro.

No me aturdió la noticia, es más, se aproximaba a mi idea de que cuando uno muere se acabó todo. Aunque aquello no tenía fundamento cuando paseaba por los infiernos y me hablaban de la posibilidad de ir al cielo.

-Los pecados que has acumulado a lo largo de tu vida te han cerrado las puertas del cielo. San Pedro jamás podrá dejarte pasar. Y aquí en El Infierno eres un repudiado. Solo serás bien recibido en uno u otro lugar si eres invitado directamente por sus amos.

-¡Mis pecados no pueden ser tan grandes!

-Has acumulado muchos pecados a lo largo de tu vida EbOLA. Muchos podrían ser perdonados si te arrepintieses, pero no lo haces. Además has renegado la existencia de Dios en múltiples ocasiones. Por si eso no fuera poco, cometiste el peor de todos los pecados: hiciste un pacto con Lucifer y le vendiste tú alma.

Desde ese punto de vista, quizás mis pecados si que eran dignos de considerar, pero no me parecía justo.

-Vacaciones en El Infierno-
Libro I: La ribera del Aqueronte
Por Ruymán Fuentes Suárez

-¿Mis pecados son peores que el de un asesino o un violador? -estaba indignado.

-Cualquiera, al llegar aquí, sólo recuerda dos cosas: el pecado que le ha traído y el modo en el que murieron. Y todos, absolutamente todos, aunque sea por un instante y por miedo de consumirse en El Infierno, se arrepienten de sus actos. Todos, menos tú.

La suma de mis pecados no era tan grande. No había matado, no había violado, jamás había atacado deliberadamente a alguien. Quizás hubiese robado, engañado, mentido...y vendido mi alma al Diablo. ¿Quién se creía esa mujer juzgándome? ¿Acaso lo sabía todo sobre mí? Sentía la necesidad de defenderme usando cualquier cosa.

-No todo el mundo recuerda porque esta aquí. Conozco a gente que no lo recuerda.

Colette no lo recordaba, con lo que cabía la posibilidad de que esta mujer no lo supiera todo.

-Todo el mundo sabe el pecado que le ha traído a este lugar -su mirada me desafiaba-. Si alguien te ha dicho lo contrario te ha mentido.

Porque lo haría Colette. ¿Tan desagradable era el suyo?

-O sea, no tengo lugar al que ir cuando muera -no se lo preguntaba, lo afirmaba.

Estaba débil y me era imposible mantener tal discusión sin perder ante alguien que parecía saberlo todo.

La mujer recitó para mí:

**Entre umbra y penumbra me muevo,
de mis manos, siniestra me quedo.
Rostro de hueso, corazón de hielo,
alma en pena, eterna condena.**

-Los *No-Santos* se definen así. Solo te espera la nada cuando mueras.

-¿No hay solución?

-No.

-Gracias.

Pensar que el futuro que me esperaba era el mismo que siempre había imaginado no me perturbaba demasiado. Era como si mi convicción de que no había nada más me hubiese llevado a esta situación. En cierto modo, era como haber elegido mi destino negando la existencia de otras posibilidades. Muchos se atormentan con la duda de ir al cielo o al infierno, yo no tendría ese problema.

-Mi nombre es EbOLA y soy un *No-Santo*, un condenado por la eternidad.

Ahora, ¿quién eres tú?

La mujer se sorprendió y me sonrió.

-Soy La Emperatriz que protege desde hace más de diez mil años Los Lamentos; pero puedes llamarme Gab. Y antes de que me lo preguntes te diré que soy quien te ha curado las heridas.

-Te lo agradezco, pero, si me has curado, ¿por qué tengo el cuerpo en este estado y apenas puedo mantenerme en pie?

Gab se levantó, y caminó hasta la puerta. Las cadenas que arrastraba salían de la habitación, por lo que no podía saber donde comenzaban. Se quedó mirándome desde la puerta y volvió a hablarme.

-Este es Alighieri -en la habitación entró un hombre vestido completamente de blanco, y se colocó a su lado-. Creo que ya le conoces -era el hombre con la cara tatuada que me había perseguido por la calle a mí y a Colette, y que me había atormentado en mis pesadillas-. Cuando te decapitaron los hombres de Cadena el

-Vacaciones en El Infierno-
Libro I: La ribera del Aqueronte
Por Ruymán Fuentes Suárez

llegó justo a tiempo para evitar que te transformases en un errante y traerte ante mí para curar tus heridas.

-¿Puedo convertirme en un errante yo también? Pensé que ser un *No-Santo* tendría sus ventajas -mi tono fue más irónico de lo que la situación permitía.

-Si tu cuerpo sufre un deterioro excesivo -me respondió Gab ignorando mi tono-, el errante poseerá la parte de ti que guarda sentimientos tales como el odio, la vanidad, el miedo o la crueldad. Tú como *No-Santo* desaparecerás, disfrutando de tu eterna condena en la nada en la que te sucumbirás, mientras parte de ti se transformará en un nuevo ser, un errante, que no tendrá nada que ver con la persona que eres ahora.

-Tengo suerte entonces de que ambos me halláis ayudado -me miraban, pero ninguno dijo nada. Eso no podía ser bueno-. ¿Qué ocurre?

-Mis poderes curativos son grandes, pero lamentablemente, hasta yo tengo limitaciones en este mundo.

-¿Qué quieres decir con eso? ¿Qué puede haber peor que estar así?

-Después de que te decapitarán y encontrara tu cuerpo -era Alighieri quien hablaba ahora-, el errante estaba intentando salir de él. No fue fácil retenerlo dentro mientras te traía para que Gab usase sus conocimientos -se desabrochó la camisa y me mostró su pecho cubierto de unas cicatrices que parecían recientes-. Estas heridas me las provocó el errante mientras intentaba contenerlo. Las heridas hechas por un errante nunca cicatrizan, pues no solo devora el cuerpo físico, sino también parte del alma.

Y que quería de mí, ¿una medalla? Yo no le pedí que se arriesgase por ayudarme.

- ¡Ahora está dentro de tu cuerpo, despierto y devorándote!

Vaya, así que no buscaba mi compasión sino que mostraba lo que estaba ocurriendo en mi interior. Genial, tenía una tenía azul brillante comiéndose mi cuerpo y mi alma.

-En menos de una hora la cinta que cubre tu cuello perderá todo su poder y ya no podrá contener al errante -la voz de Gab parecía apenada por mi destino.

-¿Así que todo ha sido en vano?

Pensé en Colette y las lágrimas acudieron a mis ojos.

-Si no hubieses despertado, ¡sí!

-¿Eso quiere decir que hay una posibilidad?

-Hay una prueba a la que te puedes enfrentar, pero las probabilidades de que la superes son mínimas.

-No importa, ya no tengo nada que perder.

-Quizás tú no, pero causarías mucho mal a todas las personas que viven aquí.

-¿Te refieres a las personas que van secuestrando niñas y decapitando inocentes? Creo que podré soportar ese cargo de conciencia.

-Me refiero a personas como tu pequeña amiga, Alighieri o yo misma.

-Parece que no me dejas muchas opciones -en mi mente, la sonrisa de Colette me llenó de esperanza-. Se que lo conseguiré. ¿Qué he de hacer?

Gab miró a Alighieri y salió de la habitación. Él se acercó a mí, me ayudó a ponerme en pie y a salir tras ella. Caminamos por un pasillo detrás de Gab y de las cadenas que arrastraba. Parecían salir directamente de su cuerpo y extenderse sin fin por donde ella andaba.

-¿Por qué llevas esas cadenas?

Su paso disminuyó la velocidad, bien para dejar que nos aproximásemos más a ella, a causa de mi lento caminar, bien porque le sorprendió mi pregunta.

-Son la penitencia que he de pagar en este mundo por mis pecados.

-No eres humana, ¿verdad? -Gab me sonrió.

-No -su rostro volvió a ponerse serio-. Ya hemos llegado.

-Vacaciones en El Infierno-
Libro I: La ribera del Aqueronte
Por Ruymán Fuentes Suárez

El pasillo se ensanchó un poco para terminar en una amplia habitación circular con una gran bóveda. Era de color blanco y en su interior sólo había una puerta llena de cadenas con un reloj de arena encapsulado en una esfera de cristal sobre ella. Aquella habitación, tanto por sus adornos y su construcción, no parecía formar parte de la torre. Parecía mucho más antigua.

De improvisó las cadenas de Gab tiraron de su cuerpo hacia atrás.

-¿Qué ocurre? -pregunté.

-He de volver a mi trono. Alighieri te indicará lo que has de hacer -se acercó a mi cara y me beso los labios-. Espero que vuelvas sano y salvo EbOLA.

-Lo haré -pude ver como se alejaba arrastrada por las cadenas a lo largo del pasillo-. ¡Gab! ¿Por qué un diminutivo?

Se giró y en su rostro vi una amplia sonrisa.

-¿Cuándo lo supiste? -parecía más contenta que sorprendida.

-En el mismo instante en que me miraste desde la puerta. Pero no he estado completamente seguro hasta hace un momento.

-Muy pocos saben quien soy.

-Guardaré el secreto.

Gab se giró y continuó su camino hasta desaparecer por el pasillo.

-¿Desde cuando lleva esas cadenas? -le pregunté a Alighieri.

-Desde hace más de diez mil años, si no recuerdo mal.

-¿Llevas con ella desde entonces?

-Llevo con ella desde hace muchos años, pero no tantos.

-¿Por que cayó?

-¡Jamás lo ha hecho! -Su respuesta fue brusca, y comprendí que había sido interpretada como un insulto. Se serenó y continuó hablando-. No conozco bien los motivos por los que vino al Infierno, sólo sé que vino buscando algo o alguien. Al llegar fue manipulada, engañada y encadenada para que con su poder protegiese cada noche esta ciudad del ataque de los errantes. Para que nadie interfiriese con su *trabajo* se construyó esta torre. Soy la única persona a la que le permitió quedarse a su lado.

-¿Por qué no la ayuda Dios? -solté un grito al notar un fuerte dolor en el abdomen, como si una mandíbula de fuego me mordiese desde el interior.

-Debemos darnos prisa, el tiempo se acaba para ti -me llevó sobre su hombro hasta la puerta de las cadenas-. Al otro lado se encuentra la *habitación del olvido*. Entrarás en ella, y una vez se cierre la puerta el reloj de arena se girará. Desde dentro también podrás verlo. Tendrás de diez minutos aproximadamente.

-¿Qué me ocurrirá dentro? -notaba como el errante intentaba salir de mi cuerpo.

-Tu cuerpo se dividirá. El Errante saldrá de tu interior y se materializará. Tienes hasta que caiga el último grano de arena para acabar con él.

-¿Y si no puedo? ¿Y si no me da tiempo? -el dolor había mitigado unos instantes.

-La habitación podrá contener al errante durante ese tiempo. Tanto si te devora como si no consigues acabar con él, para ti será el fin.

Me solté de su brazo y con paso inseguro me dirigí a la puerta. Las cadenas que la cubrían empezaron a moverse y a hacer ruido metálico chocando entre si.

-¿Cuántos lo han conseguido? -Su tatuado rostro me miró sin mostrar ningún tipo de expresión-. Comprendo. Entonces estoy de suerte, siempre he querido ser el primero en algo.

La puerta se abrió sola, invitándome a entrar con el alborotado sonido de las cadenas. Del otro lado salía una luz cegadora que me obligó a cubrirme los ojos. Lleno de temor de un paso, y luego otro, hasta entrar en la habitación y oír cerrarse la puerta tras de mí.

La habitación del olvido

A mi espalda la puerta se había cerrado, y ante mí tenía la habitación del olvido, la cual no era como esperaba. Se asemejaba más a un pequeño estadio cubierto, completamente blanco e iluminado.

Unos pocos escalones bajaban al suelo. Bueno, para ser correctos debería decir que bajaban hasta hundirse bajo el agua que cubría el suelo. Era cristalina y dejaba ver unas pequeñas baldosas igual de blancas que el resto de la habitación. No había ventanas ni luces que explicasen la claridad que había, y el techo era una enorme bóveda, aún mayor que la de la habitación en la que me esperaba Alighieri, y calculé que se encontraba a más de quince metros de altura. Desde el suelo y hasta lo alto de la bóveda se levantaban enormes columnas, también blancas, con pequeños adornos dorados en sus extremos. Exceptuando las columnas, el agua y la puerta de detrás de mí, no había nada más en aquella enorme extensión.

Un sonido llamó mi atención, y al girarme vi que el reloj de arena sobre la puerta se volteaba y comenzaba a dejar caer su contenido. Debía darme prisa, tenía apenas diez minutos para darle una patada en el culo al errante que me devoraba. Pero por lo visto, no era el único que tenía prisa, pues dentro de mí noté un dolor agudo que subía desde mi abdomen, por mi pecho hasta la garganta.

Noté mi cuello hincharse, como si fuera a resquebrajarse en cualquier momento y separar por segunda vez mi cabeza del cuerpo. Inútilmente intenté apretarlo para impedirlo, pero estrangulándome a mí mismo solo conseguí dejarme sin respiración, por lo que cambié de estrategia. Si aquella cosa quería salir se lo pondría fácil. Cogí el extremo de la venda roja que me protegía el cuello para poder desenrollarla, y tras unas vueltas me la quité por completo.

-¡Sal ya hijo de puta! -grité mirando al techo.

Noté un fuerte ardor que salía por mi garganta envuelto en una luz azul. La sensación fue comparable con el vómito. Caí de rodillas y ante mí estaba el errante al que tenía que enfrentarme. No medía más de un metro y medio de altura, aunque tenía una larga cola a modo de estela. Sus garras eran afiladas y su rostro monstruosamente aterrador. El errante no tenía nada que ver con mi aspecto. Se movía sin aparente sentido, de un lado a otro dejando su estela azul como un cometa. Yo aproveché para incorporarme, anudar la venda roja en mi mano derecha a modo de protección y adoptar una pose de combate. Me dio gracia pensar que en el estado en el que me encontraba debía luchar contra aquel ser demoníaco, y no sólo eso, debía derrotarle en menos de diez minutos. Aún así, estaba lleno de confianza y haberlo expulsado de mi cuerpo me había liberado de un enorme peso. Me sentía fuerte e invencible.

-¡Dame tu mejor golpe bastardo!

Si lo soportaba tendría una oportunidad, y si me derrotaba con él, todo habría acabado sin mucho sufrimiento. Mi frase me pareció la más apropiada.

El errante se giró al oír mi voz, como si no se hubiera percatado antes de mi presencia. Pero debía tener sus propios planes, pues me ignoró y salió volando hacia el techo buscando una forma de salir de aquel lugar.

¿Me estaba ignorando una bombilla azul? Hasta en las últimas merecía un poco de respeto. Bajé los escalones y me metí en el agua con cuidado para no resbalarme. Tenía dos palmos de profundidad, pero no podía sentir si estaba fría o caliente. Tampoco sentía miedo, ni odio, ni muchas otras cosas. Aquel engendro volador debía tener ahora muchas de mis emociones. Ni siquiera sentía odio hacia él. La única sensación que me dominaba era mi vanidad, mi necesidad de ser el mejor, de derrotarle para ser el más importante de aquella habitación. Era el ser más arrogante y testarudo de todo el Universo, y estaba encerrado en una habitación con un único objetivo: aplastar al errante.

-Vacaciones en El Infierno-
Libro I: La ribera del Aqueronte
Por Ruymán Fuentes Suárez

-¡Eh tú! Si de verdad quieres salir de aquí has de acabar conmigo antes -tenía que llamar su atención-. Pero no creas que te lo pondré fácil.

Aquello funcionó. El errante parecía frustrado revoloteando por el techo golpeándolo una y otra vez sin conseguir resultado alguno, por lo que al oír que le gritaba se detuvo, y sin pensarlo dos veces descendió como un rayo contra mí. Al intentar adoptar una pose de defensa contra su embestida perdí estabilidad y me resbalé. Mientras caía el errante me golpeó agarrándome la cabeza y arrastrándome con ella entre sus garras para estamparme como si fuera un insecto contra una de las columnas. El golpe fue contundente, pues hizo estremecer la columna desde sus cimientos. En condiciones normales mi cabeza debería haberse transformado en pulpa, pero el golpe, aunque de una gran intensidad, sólo me dolió un corto instante de tiempo.

El errante volvió a salir volando hacia el techo, para seguir intentando escapar.

-Salirrr -gritaba con voz sibilante.

-¿Adónde crees que vas? Acabamos de empezar a jugar. Te he dicho que hasta que no acabes conmigo no podrás salir.

Volvió a arremeter contra mí, a mayor velocidad que la anterior. Esta vez no perdí el equilibrio, pero tampoco pude hacer mucho ante su ataque. El errante atrapó mi cabeza, otra vez, y la golpeó contra el suelo creando una fina lluvia con el agua salpicada. Desde el fondo pude ver borrosamente al errante intentando esquivar el agua. Cuando me incorporé vi como pequeñas nubecillas de humo salían de las partes de su cuerpo alcanzadas por el agua salpicada.

-Así que tienes un punto débil.

Introduje mi mano vendada en el agua y dejé que la venda se empapase en su totalidad.

No me hizo falta llamar la atención del errante, pues nada más ver que estaba en pie se lanzó contra mí otra vez. Pero esta vez fue diferente. De algún modo conseguí esquivar su garra y golpearle con mi puño vendado en el pecho. El errante soltó un agudo alarido mientras yo disfrutaba del momento. Pero con un rápido movimiento, se volteó y me golpeó con su cola con más fuerza que todas las veces anteriores. Salí disparado rebotando en dos columnas antes de caer al agua. Esta vez el dolor persistía, me dolía muchísimo la espalda y al intentar levantarme mi brazo izquierdo se dobló de una manera antinatural, desencajándose de mi hombro, lo que me hizo perder el equilibrio para caer de bruces en el agua mientras me moría de dolor entre gritos ahogados.

Cuando pude incorporarme comprobé que tenía el brazo retorcido, y aunque no parecía roto, me era imposible realizar ningún movimiento con él. No me dio tiempo a pensar en como ponerlo en su posición normal para que así dejara de dolerme tanto, pues recibí otro golpe del errante que me lanzó deslizándome por la superficie del agua como si fuera una laja rebotando en la superficie de un estanque, hasta la pared del otro extremo de la habitación, la cual me detuvo con un doloroso crujido. Ahora cada golpe me dolía más que el anterior. Pero no tenía de que quejarme, pues mi cuerpo estaba resistiendo más de lo que era humanamente concebible.

Pude ver al errante volar desde el otro lado de la habitación directo hacia mí. Apenas me dio tiempo de prepararme para su siguiente ataque, pero justo antes de que me golpease, pude apartar ligeramente el cuerpo, lo suficiente para esquivar su embestida. El errante chocó de lleno contra la pared, momento que aproveché para golpearlo con toda la fuerza que pude, cosa que por cierto apenas pareció molestarle. Así que ante mi indignación lo agarré por el cuello, supongo que para intentar asfixiarlo o rompérselo, ni yo estaba seguro. El errante no intentó soltarse, sino todo lo contrario, conmigo a cuestas salió volando hacia el techo y se golpeó contra él usándome a mí de escudo. Por la fuerza del golpe solté a mi presa y me precipité contra el suelo, con tan buena suerte que unos centímetros antes de llegar a él, el errante volvió a golpearme lanzándome contra el techo, contra el cual volví a chocar para salir

-Vacaciones en El Infierno-
Libro I: La ribera del Aqueronte
Por Ruymán Fuentes Suárez

despedido contra una columna. Cuando llegué por fin al agua, esta se tiñó de rojo y yo me sentía como un pelele apaleado al borde del KO técnico.

Escupí, lo que creía era alguno de mis dientes, acompañado de una gran cantidad de sangre. El errante se lanzó contra mí, pero esta vez no le di tiempo a golpearme, pues me hundí en el agua, quedándome así, bajo su protección, de manera temporal. Sumergido agarré mi muñeca izquierda con mis dos pies e hice un movimiento seco con la intención de colocarme el brazo en su sitio. El dolor fue tal que grité con todas mis fuerzas; por suerte el grito fue ahogado por el agua nuevamente. Permanecí unos instantes aún sumergido, esperando que mitigase el dolor y pensando que la pelea no se estaba desenlazando tal cual esperaba. No podía perder, y no por Colette, Calavera o quien fuera. No podía perder porque yo era mejor que aquel maldito ser, que a final de cuentas era parte de mí. Mi parte más débil.

Abrí la boca y tragué toda el agua que pude antes de emerger y prepararme para recibir el siguiente ataque. No esperé mucho, pues el errante atacó nada más ponerme en pie. No pude golpearlo pero sí agarrarme a él mientras se dirigía al techo conmigo a cuestas. Pero esta vez fue distinto. Mientras con el brazo izquierdo me aferraba a él, con mi puño derecho, que tenía la venda completamente humedecida, le golpeaba repetidamente. Disfrutaba con cada golpe que le asestaba y con cada uno de sus quejidos envueltos en pequeñas nubes de humo. Justo antes de llegar al techo escupí en su rostro toda el agua que había tragado. Su grito fue atronador, aquello no se lo debía esperar, y lo que hice a continuación aún menos. Gracias a mi ataque pude soltarme lo suficiente para apoyarme en él, y a su vez en el techo, contra el cuál cogí todo el impulso que pude y nos empujé a ambos contra el suelo. En la caída conseguí sumergir al errante en el agua que tanto daño parecía causarle. Pero eso no era suficiente, aquel ser debía sufrir cada instante. Mientras con mi mano izquierda intentaba mantenerlo quieto bajo el agua, con la derecha le golpeaba cada vez con más fuerza. El Errante parecía ya inmóvil entre la nube de vapor que generaba al estar de lleno en contacto con el agua, pero seguí golpeándolo. Apenas podía respirar por la excitación, y notaba como los huesos de mi huesuda mano se rompían entre hileras de sangre. Fue entonces cuando me calmé. Había ganado. O eso creía mientras me relajaba para respirar y el errante, en un último movimiento desesperado atacó con todas sus fuerzas contra mi pecho, con tan buena suerte que lo atravesó de lado a lado con su afilada garra. No podía creer lo que sucedía. Yo merecía ganar. Es más, yo ya había ganado. Yo, no él.

Arrojé mi cuerpo cerca de las escaleras como si fuera un despojo. El agua que me rodeaba ya no era cristalina, sino de un color rojo oscuro. Apenas pude llegar a los escalones y arrastrarme fuera del agua. En el reloj solo quedaban unos pocos granos de arena por caer. Como pude llegué a la puerta para intentar abrirla, pero fui incapaz. La golpeé con la esperanza de que Alighieri viniese en mi rescate. Estaba perdiendo la consciencia con cada litro de sangre que salía de mi cuerpo, me moría, y si eso ocurría, no habría nada más. Por primera vez tenía miedo de mi destino. La puerta no se abrió y a mí ya no me quedaban fuerzas para seguir llamando, así que con mi último suspiro me senté contra ella para ver como se acercaba lentamente el errante envuelto en una blanca nube de vapor.

El errante se detuvo ante mí y abrió de par en par sus fauces.

-El humano ha perdido -aproximó su boca hasta mi cara-. Ahoraaa, soy libreee.

El hedor que despedía era insoportable hasta para un moribundo como yo.

Sonó un gong que anunciaba la caída del último grano de arena y daba por finalizado el tiempo. Entonces, con un estruendo, la cúpula del techo comenzó a abrirse mostrando un cielo del color del óxido. El errante apartó su atención de mí por un segundo para fijarse en su vía de escape, momento que aproveché para como todo buen recipiente de errante, despedir con un beso a la mitad más horrible de su ser. He

-Vacaciones en El Infierno-
Libro I: La ribera del Aqueronte
Por Ruymán Fuentes Suárez

de puntualizar que el beso consistió más bien en meter por completo mi cabeza en su boca, acompañado de un abrazo cariñoso y firme, y aunque esta vez no tenía agua en la boca, no pude evitar vomitar dentro de él.

De algún modo debía haber regurgitado parte del agua que había tragado durante toda la pelea, o quizás fuera el contacto de mi propia sangre o vomito. Sea como fuere, le había causado un daño inimaginable. Entre sus gritos de agonía, conseguí empujarnos a ambos hasta el agua, donde intenté mantener su boca lo más abierta que pude para que se refrescase hasta lo más profundo de sus entrañas. Puede que para mí ya todo hubiese acabado, pero una cosa tenía clara: el tampoco ganaría. De su interior salía una pestilente humareda. La luz azul que emanaba se fue apagando y por segunda vez permaneció inmóvil. Salí del agua envuelto en sangre, subí a rastras los escalones, y me puse de rodillas, esperando que se abriese la maldita puerta antes de que cayese desangrado al suelo y desapareciese en el olvido. Pero la puerta no se abrió y tras de mí pude oír como algo salía del agua.

No era posible. Estaba sin fuerzas, apenas podía mantenerme de rodillas y el cuerpo no me respondía. Oí un grito de desesperación y note un golpe en la espalda que me hizo caer de bruces.

Y entonces volví a sentir. El miedo, la ira, la pena y la alegría parecían haber vuelto. Miré mis huesudas manos y vi que estas se habían recuperado. Ha decir verdad, todo mi cuerpo había recuperado su aspecto de siempre y sin una sola herida. Me encontraba más enérgico y vital que nunca. Me puse en pie y pude ver como Alighieri me miraba sonriente al otro lado de la puerta.

-Lo has...conseguido -su voz estaba llena de incredulidad.

-¿Acaso lo dudaste? -La arrogancia también seguía conmigo-. Te dije que sería el primero en conseguirlo.

Caminamos en silencio por los pasillos de la torre para luego subir por unas escaleras hasta lo más alto de la torre. Nos llevó un rato llegar a la sala que la coronaba, pero con el cuerpo totalmente recuperado, el trayecto se transformó en un paseo. La sala tenía cinco ventanas que coincidían con las cinco puntas de la estrella que dibujaban las calles principales de la ciudad. En el centro había un trono, y en el trono se encontraba Gab encadenada por los pies al suelo y por las manos a las asas del trono. Su mirada estaba llena de esperanza y asombro.

-Me alegra volver a verte EbOLA.

-El sentimiento es mutuo -acompañé mi frase con una ligera inclinación de cabeza, y tras un silencio proseguí hablando-. Ahora que me he repuesto, necesito que me indiques donde está la casa de Cadena. He de ayudar a mis compañeros.

Gab hizo un gesto con la mano indicándome una de las ventanas y me acerqué a ella para mirar. Se podía ver gran parte de Los Lamentos. Gab llamó mi atención sobre la casa más grande, una que tenía dos torres y estaba amurallada. Su aspecto se asemejaba al de un fuerte. Me comenté que su dueño era Cadena, y sin pensarlo más me dirigí hacia las escaleras.

-¿A dónde crees que vas? -me preguntó Alighieri.

-Perdonad que no os de las gracias, pero ya está oscureciendo, y ellos están en peligro. He de ayudarles ahora o será demasiado tarde para todos.

-Alighieri -interrumpió Gab-, déjanos un momento a solas -Alighieri bajó las escaleras y Gab continuó hablando-. Ningún hombre a podido jamás vencer a un errante desprovisto de todas sus emociones -en mi caso no había sido del todo así, pero había ganado, y para mí era suficiente-, pero aún así, no serás capaz de enfrentarte directamente a Cadena y a sus hombres tú solo.

-¿Me ayudarás tú o tal vez Alighieri?

-Ninguno de los dos te seríamos de ayuda contra un enemigo como Cadena. Pero tengo algo que podría ayudarte en tu objetivo.

Un silencio incomodo se creo entre los dos.

-Si es eso cierto, te agradecería mucho que me lo diceses.

-Vacaciones en El Infierno-
Libro I: La ribera del Aqueronte
Por Ruymán Fuentes Suárez

-Y dime, EbOLA el No-Santo, ¿por qué tendría yo que darte a ti nada? -su tono, hasta ahora suave y amistoso, se había vuelto frío y manipulador.

-Salvaste mi vida y me mostraste la forma de recuperarme sin pedirme nada - mis propias palabras empezaron a despejar las mentiras con las que tan sutilmente me habían arropado, mostrándome la realidad de mi situación-. Pero, eso era lo que querías desde un principio ¿verdad? -Gab me miraba fríamente con sus ojos-. Por alguna razón, me necesitas vivo.

-Ambos lo necesitamos mi joven amigo. Como bien dices, te he devuelto a la vida sin pedirte nada a cambio. Es por eso que espero de ti un gesto de amistad hacia tú *salvadora*.

-Mis amigos no suelen esperar nada tras sus buenas obras.

-Tus amigos no pueden ofrecerte la manera de salvar a la niña y a tu extraña mascota. Yo en cambio sí puedo.

¿Donde estaba la tierna Gab que lloraba por mi destino? Ante mí solo tenía a una mujer que hablaba de mis posibilidades de éxito entre burlas, y la verdad, no sabía cual de las dos era la verdadera.

-¿Me garantizas el éxito?

-Te garantizo la destrucción de tus *amigos* si intentas liberarlos en tu estado actual.

Odiaba tener que ceder, aunque fuera contra ella.

-¿Qué necesitas de mí?

-Cadena no sólo tiene tu óbolo. Tiene en su poder el de muchos descuidados que han llegado a estas tierras yermas, los cuales usa como monedas de cambio en sus negocios y extorsiones -las cadenas de sus muñecas impedían que la rabia que le invadía se viera expresada-. De entre todos ellos hay uno muy especial. Un óbolo de oro. Ese óbolo es lo único que puede liberarme de estas cadenas y de mí penitencia - así que la guapa Gab tenía también deudas pendientes con Cadena-. Jura que lo recuperarás para mí.

Por la ventana pude ver como el cielo se oxidaba cada vez más. Tendría que salvar a mis dos nuevos amigos, recuperar mi óbolo y encontrar otro de oro para liberar a Gab y todo ello antes de media noche y de que Caronte partiese con otro en su barca.

-Yo ya no juro. Además, ¿no es pecado?

-¡Júralo!

-¡Juro!...que haré todo lo que esté en mi mano por liberarte -Gab sonrió.

No comprendía porque necesitaba chantajearme para pedirme ayuda. Si me lo hubiera pedido amablemente la habría ayudado sin dudarlo un instante, aunque eso me hubiese desviado de mi objetivo principal. Había algo en todo esto que no me gustaba, y debía tener más presente que nunca las palabras de Calavera: "Aquí nada ni nadie es lo que parece".

Por las escaleras apareció Alighieri portando un pequeño baúl viejo. Lo puso en el suelo, ante mí, y se apartó colocándose a la siniestra de Gab.

-Lo has jurado -dijo Gab-, y por el bien de ambos confiaré en tú palabra - nuevas amenazas ocultas en fingida amabilidad-. Abre el cofre. En su interior encontrarás todo lo que necesitas para conseguir tus objetivos.

Me agaché y abrí el cofre. En su interior se encontraba una chaqueta de piel gruesa y oscura. ¿Se habría equivocado Alighieri de cofre, o quizás esperaban que venciese con el último grito en modo del Infierno? Saqué la chaqueta, la cual resultó ser una gabardina corta con capa, y la levanté.

-No entiendo. ¿Ropa?

-Vístete.

En el interior del cofre había otras piezas de lo que parecía todo un traje. Botas, pantalón, camisa y unos guantes. Todas las piezas eran del mismo tipo de piel y me quedaban demasiado grandes y holgadas. Cuando terminé de vestirme, todo mi

-Vacaciones en El Infierno-
Libro I: La ribera del Aqueronte
Por Ruymán Fuentes Suárez

cuerpo a excepción de la parte superior de mi cabeza estaba protegido, pues la extraña chaqueta tenía un firme alzacuellos que llegaba hasta mis ojos. En el traje pude ver muchas manchas de sangre reseca. Mientras comprobaba como me quedaba, empecé a notar un calor que recorría mi cuerpo y como todas las piezas empezaban a ajustarse a la perfección.

-¿Qué me sucede?

-Estás ropas están cargadas de una fuerza y poder inimaginables EbOLA. Con ellas tus facultades aumentarán de manera extraordinaria. Tú fuerza, tú velocidad, tú resistencia, todo tú ser ganará en poder -parecía disfrutar con la explicación-. Con este traje serás un *verdugo de almas* entre los muertos.

-¿Es así como se llama? El verdugo de almas.

En mi interior notaba tanta fuerza que necesitaba ver mi nuevo potencial.

Agarré una roca del suelo y la pulverice apretándola con mi mano sin apenas esfuerzo.

-Recuerda que has jurado ayudarme. Yo he cumplido mi parte del trato, espero lo mismo de ti.

-Dalo por hecho. Es más, te traeré la cabeza de Cadena de regalo.

-Aún llevando el verdugo de almas, si te enfrentas a Cadena fracasarás en tu misión. Libera a tus amigos, recupera mi óbolo y regresa lo antes posible. Ahora Alighieri te acompañará a la salida.

-Gracias por todo lo que habéis hecho por mi Gab -mi mirada desafió la suya-. Como bien dices he jurado que te traería el óbolo de oro, y así lo haré, pero no recuerdo haber dicho que obedecería a pies juntillas tus órdenes.

Me dirigí a la ventana por la que había visto la casa de Cadena, me subí a la cornisa y miré a la sorprendida Gab. Le guiñe un ojo.

-Tengo prisa, no te levantes para despedirme cariño, y tranquilo Alighieri, conozco el camino -y salté al vacío-. Veamos de qué es capaz este traje de Armani.

Mientras caía podía oír a Gab gritando, pero ya sólo podía pensar que quizás mi exceso de arrogancia acabaría conmigo nada más llegar al suelo. Por suerte no fue así. Mis piernas apenas se flexionaron, tras la impresionante caída, al tocar el suelo. Si el traje fuera de un color azul y llevase los calzoncillos por fuera me creería el mismísimo Superman.

Había comenzado a nevar otra vez y ante mi me esperaba la casa de Cadena. La noche cada vez parecía más próxima, así que haría lo que Gab me aconsejó. Entrar, rescatarlos, coger los óbolos y salir. Con suerte no tendría que luchar contra nadie. Lo cual sería una pena. Bajo la nieve camine en dirección a la pequeña fortaleza que me esperaba, mientras pensaba la manera entrar.

El renacer del verdugo de almas

En esta zona de la ciudad, la iluminación era escasa y apenas había gente por las calles. Imagino que a causa de la cercanía de los dominios de Cadena. Fuera como fuese, eso poco importaba, pues estaba decidido y con paso firme me dirigí a su encuentro.

La entrada principal de la casa estaba protegida por una puerta de barrotes metálicos. En frente de ellos había una persona que gritaba hacía el interior de la casa. El viento que comenzaba a levantarse, moviendo la nieve de un lado al otro, me impidió entender lo que decía.

-...devolvédmela...es mía... -su voz era estridente, y parecía gritar solo, pues nadie le respondía a sus peticiones.

Según me acercaba pude ver que se trataba del mismo gordo asqueroso que había intentado apoderarse de Colette. Mi paso se aceleró, y cuando ya me encontraba lo suficientemente cerca de él como para que me escuchase andar sobre la nieve, se giró.

-Tú... -Sus pequeños ojos se llenaron de odio al verme-. Por tu culpa he perdido a mi niña.

Su voz me incomodaba, así que no dejé que siguiese hablando. El era ahora quien debía tener miedo. Lo abofeteé con el reverso de la mano, con más fuerza de la que quería, pues su cuerpo salió despedido varios metros deslizándose sobre la nieve. Torpemente se colocó a cuatro patas y empezó a alejarse como si de un perro asustado se tratase. Caminé lentamente hacia él, mientras comprendía porque en todas las películas de miedo que había visto, el malo siempre se aproxima caminando, mientras su víctima intenta huir lo más rápida que puede. No es por infundirle más miedo o parecer más frío, es solo que él ya sabe como acabará todo, pues es inevitable. Podía oír sus jadeos y como se entrecortó su aliento cuando le empujé pisando su grasiento culo. Se volvió sobre si mismo en la nieve y me miró. No quería oír su incomoda voz, así que le cogí por el cuello y lo levanté sin apenas esfuerzo, de tal manera que sus pies flotaban ante mi en el aire. Intentaba soltarse golpeándome con manos y piernas. Apenas sentí ninguno de sus golpes.

-¿Dónde está Colette? -mi voz era firme y pausado, pero sobre todo llena de furia.

-No se quién es -respuesta equivocada, apreté aun más el cuello-. ¿La niña? Te lo di...di...re.

Solté un poco a mi presa la cual tosía para recuperar el aliento.

-¿Y bien?

-Has de prometerme que me dejarás con vida.

-No.

-Entonces ella morirá -volví a apretar su cuello hasta escuchar su asfixiante gorgoteo.

-Está bien -solté otra vez su cuello-, Lo prometo. Ahora dime donde está.

-Se la han llevado. Cadena la ha vendido junto con otros. Puede que si te das algo de prisa aún los alcances -señaló la dirección que habían tomado.

Miré atentamente sus ojos intentando saber si me había dicho la verdad, pero no pude ver nada en aquellos ojos apagados. No podía perder tiempo, así que le solté. Cuando lo vi en el suelo algo dentro de mi me pedía; no, *me exigía*, que acabase con la vida de aquel ser. Mi respiración se aceleró, notaba como mis músculos se tensaban, como cada célula de mi cuerpo pedía ver sangre, pura y roja, sobre la blanca nieve. El debió pecatar lo que me ocurría pues empezó a suplicarme.

-Pensé que eras un hombre de palabra. Prometiste dejarme libre, yo te he ayudado. Si me matas solo perderás tiempo para salvarla.

-Vacaciones en El Infierno-
Libro I: La ribera del Aqueronte
Por Ruymán Fuentes Suárez

No comprendía de donde salía toda aquella rabia y ansias de matar. Tuve que imponerme a ellas con todas mis fuerzas para no acabar con la vida de un ser tan repugnante.

-Aléjate de aquí -le ordené mientras me daba la vuelta e intentaba aplacar mis ansias.

-No sé que le ves a esa niña apestosa. Yo puede que no le haya tocado un pelo, pero ¿crees que Cadena y sus hombres no habrán jugado con ella antes de venderla? Una niña no es nada común en esta ciudad, pero si buscas una niña puedo hacer negocios contigo...

Jamás acabó aquella frase, pues con la velocidad de un pensamiento agarré su cabeza con mis manos y la hice girar hasta desencajarla de sus hombros. Tras aquello, noté un calor tibio que me invadía todo el cuerpo, como el abrazo de una madre que recompensa a su hijo por una buena acción. Yo acababa de arrancarle el último alo de vida a una persona, y aunque sabía que había hecho bien, que con ello estaba ayudando quizás a muchos, la idea de que me había transformado en un asesino empezó a crecer en mi interior, y por alguna razón me gustaba. Con una sonrisa entre los labios continué mi camino en la dirección que me había dicho. Detrás de mí pude oír un alarido. No tuve que darme la vuelta para comprobar que era. Conocía muy bien los efectos de la muerte en este mundo. Mientras me alejaba pude ver el reflejo de una luz azul sobre la nieve que se atenuaba al igual que los alaridos.

Corrí lo más rápido que pude por la nieve sintiendo otra vez la misma necesidad de sangre. Odiaba a aquel hombre desde el primer momento en que lo había visto por todo lo que le había hecho o intentado hacer a Colette, pero de eso a disfrutar con su muerte había un mundo. ¿Que me estaba ocurriendo? ¿por qué me sentía tan vivo con la idea de matar a otros? Sería aquel traje que me daba tanta fuerza y velocidad. No, eso eran tonterías. Aquel gordo se merecía mucho más de lo que yo le había hecho. Al fin y al cabo, yo acabé con su sufrimiento sin tortura alguna, fui rápido y limpio. Pero había disfrutado. Mientras mi mente se llenaba de dudas corría por las calles vacías tomando una u otra dirección sin pensarlo un instante. Me paré en seco y tome una fuerte bocanada de aire. Estaba llena de un olor que me embriagaba. Ese olor era el que estaba guiando mis pasos inconscientemente. Un olor dulce e intenso como pocos, un olor del que acaba de impregnarme. El olor de la sangre. Pero si era ese olor el que me guiaba, significaba que algo iba mal, que algo malo había pasado. Colette debía estar en peligro.

Seguí corriendo instintivamente, y fue al doblar una esquina cuando los vi. Tres hombres portaban sacos que se movían a su espalda y un cuarto llevaba una calavera agarrada por la cuenca de los ojos. Ni siquiera intenté analizar la situación, solo dejé que mi cuerpo buscase lo que me pedía a gritos. Los dos primeros hombres cayeron al suelo muertos sin saber que había ocurrido. El tercer porteador, soltó su saco y salió huyendo.

-¡Impresionante! -reconocía aquella voz-. No sé como, pero aún estas vivo - arrojó a Calavera a un lado-. Será un placer rebanarte la cabeza *por segunda vez*.

Su ataque fue muy rápido, lo suficiente para rozar con su machete mi mejilla y hacer brotar de él un hilillo carmesí.

-Has ganado velocidad, pero no la suficiente.

Su segundo ataque fue aún más rápido, mortal y certero. Pero totalmente inútil. Con un simple movimiento atrapé su muñeca y la hice girar consiguiendo que su machete le rebanase la cabeza con su propia mano. Su cuerpo se desplomó en la nieve, iluminada del azul que emanaban los errantes de sus compañeros.

Me abalancé sobre los sacos y los abrí temiendo encontrar a Colette malherida. Pero en ellos solo había mujeres, ninguna niña. Les solté sus ataduras y salieron huyendo entro los callejones sin siquiera intentar averiguar el porque de aquello. Una de ellas tenía el pelo lleno de sangre, quizás por un golpe que recibió mientras intentaba resistirse. Su sangre debió ser la que me guió entre la nieve.

-Vacaciones en El Infierno-
Libro I: La ribera del Aqueronte
Por Ruymán Fuentes Suárez

¿Dónde estaba Colette? Aquel gordo me había engañado y no tenía forma de interrogarle. Estaría ella en otro grupo, la habrían matado ya, la tendrían Cadena aún en su casa. Se acababa el tiempo y las posibilidades parecían aumentar.

-Está en al casa -dijo Calavera-. Pero no deberías salvarla. Deberíamos marcharnos ahora.

Me acerqué a Calavera. Apenas me había fijado en él. Lo recogí de la nieve y miré sus cuencas vacías.

-No puedes comprenderlo. Ahora no puedo dejarla en manos de ese mercader de mujeres.

-Te recuerdo, que fue tu pequeña amiga la que te reventó las pelotas y me llevó a mí a una muerte segura. ¿Qué te pasa, acaso no reconoces quienes son tus verdaderos amigos?

-¿Ahora somos amigos?

-Escúchame. Está oscureciendo y esta noche es nuestra última posibilidad de cruzar el Aqueronte. ¿Tienes ya el óbolo?

-No. Pero sé donde está.

-Perfecto, entonces vayamos a por él y salgamos de esta asquerosa ciudad.

Mientras corría con Calavera en los brazos, alejándonos de allí, le conté mi encuentro con La Emperatriz y como había conseguido la ropa que ahora llevaba. El parecía muy intrigado. Cuando le mencioné que ella me pidió a cambio un óbolo de oro Calavera me interrumpió.

-¿Dónde está tu óbolo y el de esa mujer?

La respuesta fue obvia, pues ya habíamos llegado. Estábamos en frente de la casa de Cadena bajo la nieve que caía de un cielo cada vez más oxidado.

-¡Estás loco! No pienso volver a entrar ahí. No conoces a Cadena. Si crees que porque ahora te sientas más fuerte y puedas esquivar golpes tienes alguna posibilidad ante él sólo eres un paleta estúpido -no respondí-. Si no acabó conmigo es solo porque sin todo mi cuerpo le era totalmente inútil. Cadena es un demonio. ¡Olvídate ya de la mocosa!

-¡Vasta! Yo pienso entrar a por Colette y los óbolos. Puedes esperar aquí si prefieres. Prometo no tardar.

-Psss. Tienes los humos muy subidos amigo. Pero sin mí, no durarías un segundo dentro de esa casa.

Sonref. Puede que Calavera no pudiera luchar, pero conocía el interior de la casa. Todo sería más rápido si sabía donde buscar. Pero ¿por donde entrar?

-¿Cómo entramos en la casa? Supongo que habrás visto algo del interior. ¿No había alguna entrada secreta o algo?

-Sí. Ahora que lo dices, recuerdo que me enseñaron la *entrada secreta* justo después de tomarnos un té y jugar a los dados. No, no, fue después del baño de espuma, que tonto soy.

-No tienes porque burlarte.

-Escucha paleta. Me metieron por esta puerta, y me sacaron de esa casa por el mismo sitio.

-Una vez dentro podrás guiarme, o seguirás jugando a los sarcasmos.

-No sé donde pueden tener los óbolos -miré fijamente a Calavera esperando que dijese lo que le faltaba-. Pero sí a esa estúpida niña. Pero seguimos teniendo el problema de cómo entrar.

Agarré a Calavera por la cuenca de los ojos para facilitar su transporte y con un rápido movimiento pateé la puerta principal de la casa de Cadena. Esta se separó del marco que la sujetaba y cayó hacia el interior de la casa haciendo un estruendoso ruido. De ningún modo pudo haber pasado desapercibido para sus moradores. Di unos pasos y entré. Me encontraba en un gran patio interior. Había una escalera a la izquierda y varias puertas a la derecha. Calavera no dejaba de blasfemar e insultarme.

-Vacaciones en El Infierno-
Libro I: La ribera del Aqueronte
Por Ruymán Fuentes Suárez

-Perdona que te llamase paleta, porque ahora está claro, ¡Oh, rey de los estúpidos!

-¿Izquierda o derecha?

Sobre el patio se veían varias ventanas, y tras estas, algunos ojos que observaban lo ocurrido. No teníamos mucho tiempo. Calavera también se dio cuenta de ello.

-Por la derecha, la segunda puerta.

Corrí todo lo que pude y derribé la puerta. Era una pequeña habitación sin apenas muebles. Calavera me guió hacia otra habitación que daba a su vez a un pasillo. Llegamos a una escalera, la cual bajamos, dirigiéndonos a un olor de humedad y podredumbre. Podía oír el revuelo que se había montado en la casa, pero por suerte no nos habíamos topado aún con nadie. Quizás todo fuera más fácil de lo que imaginaba. Las escaleras acababan en un pequeño habitáculo con una mesa y una silla como únicos muebles. Sobre la mesa una pequeña lámpara. Sobre la silla un verdugo como el de las películas, con una máscara en la cabeza y todo. Al final del habitáculo había una puerta con barrotes. Tras esta se podía ver un pasillo. Debíamos estar en un calabozo o mazmorra. El verdugo se levantó al verme y se abalanzó sobre una cuerda que tenía a su lado. No pude oír ningún sonido, cuando tiro de ella, aparte del de su mandíbula al partirse contra el cráneo de Calavera.

-Me encantaría que no volvieras a usarme como arma.

Me agaché y busque entre los bolsillos del verdugo hasta encontrar una cadena donde llevaba enganchadas varias llaves. Me acerque a la puerta y comencé a probar las llaves.

-¿Se puede saber que haces? Revientas de una patada la puerta principal y ahora te pones a buscar una llave. ¿Qué clase de trastorno mental sufres muchacho?

Tenía razón. Estaba haciendo el estúpido con las llaves, pero por alguna razón las enganché a mi cintura antes de arrancar la puerta de barrotes del sitio. Entré gritando el nombre de Colette esperando oír su voz. Pasamos al lado de varias puertas, pero al no obtener respuesta alguna, seguí hasta el final del pasillo. Una escalera bajaba a la siguiente planta. Colette debía estar abajo, donde no podía oírme, por eso no me respondía. Bajé apresuradamente, allí había otro pasillo también lleno de puertas. Se podían oír sollozos del otro lado. Al final del pasillo había una puerta distinta a las demás, y algo dentro de mí decía que tras ella estaba Colette. Corrí hacia ella y sin pensarlo la golpeé con el hombro. Apenas se movió. El segundo golpe fue con más contundencia, y esta vez sí pude desprenderla y apartarla. La tenue luz que había en el pasillo entró dentro de la celda. Una pequeña niña permanecía sentada en medio de esta con las manos encadenadas al suelo.

-Colette. ¿Estás bien?

La niña me miró y al reconocermme empezó a llorar. Corrí hasta ella y la abracé. Temblaba de frío y no paraba de llorar.

-Tranquila. Te sacaré de aquí.

-Lo siento, lo siento, lo siento.

Apoyé a Calavera en el suelo y tiré de las cadenas que la aprisionaban. Tuve que realizar mucha fuerza para poder romperlas. Las esposas que llevaba en las muñecas me fueron imposibles de romper, por lo que de sus pequeñas manos colgaban ahora los restos de las cadenas. Al estar libre se abalanzó sobre mí tirándome al suelo. Me abrazaba sin dejar de llorar. Entonces, ante mí asombro se apartó y me miró con sus hermosos ojos del único modo que puede hacer un adulto. Luego me besó. Me sentía totalmente descolocado. ¿Estaba mal ser besado por una niña de más de treinta años? Colette se levantó y se encaminó a la puerta. Yo no me había movido del suelo. Ella debió notar mi turbación.

-Me he alegrado al ver que estás vivo. No hay nada malo en que dos niños se besen.

-Vacaciones en El Infierno-
Libro I: La ribera del Aqueronte
Por Ruymán Fuentes Suárez

-¿Niños? Lo que me faltaba por oír. Un paletó que se creó un héroe y una secuestradora de calaveras con complejo de Electra. No me lo digáis... ¿Aún estoy vivo verdad?

Colette, al escuchar a Calavera, se enfureció y se dispuso a darle una patada justo cuando la agarré por los brazos y la levanté del suelo. Se enfadó por haberla detenido, pero comprendió que no era el momento ni el lugar para una riña.

-¿Sabe alguien que has venido a salvarme?

A lo lejos se escucharon sonidos de pasos y voces. Debían haber encontrado al verdugo inconsciente. No nos quedaba mucho tiempo antes de que llegasen, y no parecía haber ninguna otra salida de aquel lugar, aparte de la que habíamos usado al entrar.

-Tengo una idea. Confía en mi *princesita*.

-¿Princesita? -se burló Calavera.

Impedí que ambos volvieran a pelear otra vez. Cogí la cadena que llevaba a la cintura, quité las llaves y la pasé por la cuenca de los ojos de Calavera. Luego le enganché con firmeza a mi cintura y agarré en brazos a Colette.

-Agarraos fuerte -dije.

-Tranquilo, no pienso morder la cadena, mi *principito*.

Colette pateó a Calavera por su comentario y este se quejó del golpe. Salí de la celda y mientras caminaba golpeaba las cerraduras y candados de las puertas de las otras celdas. Aunque los sollozos del otro lado parecían haberse silenciado al ver las puertas abiertas, de las celdas no salió nadie.

-¡Salid! ¡Sois libres! -No parecía ocurrir nada-. ¡Salid ya, o volveré a cerrar las puertas!

-Está abajo. Rápido, tenemos que cogerle antes de que el jefe se enfade de veras -la voz provenía de arriba y se escuchaban pasos bajando por las escaleras.

Ya no habría solución. Tendría que abrirme camino a golpes. O quizás no. Las personas encerradas en las celdas, en su mayoría mujeres, habían salido y corrían hacia el exterior sin importarles mi presencia ni la de las personas que bajaban por las escaleras. Los guardias de Cadena intentaban detener a los prisioneros fugados, mientras veían como se les escapan unos y eran golpeados por otros. Entre la confusión empecé a subir la escalera, que aunque estrecha, permitía pasar a dos personas a la vez. El alboroto era tal que a excepción de uno de los guardias, nadie más se percató de un extraño con una niña en brazos, y por suerte, pude dejarle inconsciente con un solo golpe sin llamar la atención de ninguno de los otros. Una vez arriba no sabía para donde ir.

-Rápido, salgamos de aquí. Cadena podría estar cerca. Debemos darnos prisa -dijo Colette.

-Aún no podemos Colette. Debo encontrar los óbolos. ¿Dónde los guarda? Tú lo debes saber.

Colette parecía pensar su respuesta. Debía tener mucho miedo con lo que pudiera pasar. Parte de mí deseaba que nos cruzáramos con Cadena. Deseaba pagarle con su misma moneda, pero el tiempo no jugaba de nuestro lado, así que opté por tranquilizar a Colette.

-Cogeremos los óbolos y saldremos. Será todo muy rápido. Nadie te hará nada. Te lo prometo -seguía sin parecer muy convencida-. Confía en mí Colette.

-En la torre sur. Solo él puede subir a la torre, pero conozco la manera de entrar.

Seguí las indicaciones de Colette en dirección a la torre sur. En la casa había mucho revuelo, por lo que tuvimos suerte en avanzar sin toparnos con nadie más. El camino que había escogido nuestra pequeña guía no era el más rápido, pero sí el más seguro. Llegamos a una puerta y pidió que nos detuviéramos.

-Detrás se encuentra un pequeño salón. Por lo general siempre hay alguien.

-¿No hay otro camino?

-Vacaciones en El Infierno-
Libro I: La ribera del Aqueronte
Por Ruymán Fuentes Suárez

Colette negó con la cabeza. Con cuidado abrió la puerta lo suficiente para echar una ojeada, y como no quería perder mi cabeza otra vez, usé la de repuesto. Calavera no vio a nadie en el salón, por lo que decidimos entrar. Colette me indicó que debíamos subir por las escaleras al piso de arriba. Desde allí podríamos subir a la torre donde Cadena ocultaba los óbolos. Me apresuré subiendo las escaleras, cuando una voz reclamó mi atención.

-Vaya, vaya. El salvador de la mocosa ha vuelto. Te hacía muerto en el callejón.

Al girarme pude comprobar que se trataba del otro raptor de Colette, era el de aspecto corpulento. Me recordaba a un jugador de fútbol americano sobre hormonado. Se encontraba en medio del salón, con otros dos hombres, ambos armados de barras de metal con una cuchilla al final. Dejé a Colette en el suelo, le acaricié el pelo y le pedí que se escondiese al final de las escaleras. Luego bajé unos escalones.

-Cuando quieras Joe Montana.

Supongo que aparte de mí, nadie más se percató de mi burla al compararlo con el jugador de fútbol americano. Poco importó, pues sus dos compañeros empezaron a subir las escaleras. En mi interior notaba hervir la sangre. Otra vez aquel incontrolable deseo de pelear y acabar con la vida del enemigo se apoderaba de mí. Acabar con los dos hombres fue fácil. Con una rápida finta esquive al primero, le partí la columna con una certera patada y le arrebaté el arma que llevaba, con la que paré el golpe de su compañero antes de rebanarle la cabeza. Seguí bajando la escalera hasta ponerme a la altura de *Montana*. Los errantes de sus amigos salieron como una exhalación de la casa. Cara a cara aún se veía más grande a aquel gigante de músculos. Pero me sobraba confianza por los cuatro costados. Era el momento de lucirme, así que arrojé el arma a un lado y le desafié con la mirada.

-Debiste quedarte con el arma, paleta. Esto no es un combate entre caballeros, si tienes ventaja úsala –dijo Calavera.

-Tú amigo tiene razón. Acabas de perder tu ventaja.

-Eso ya lo veremos...

Su movimiento fue corto pero sumamente rápido, y contundente. Apenas pude esquivarlo por completo, pues me alcanzó el hombro arrojándome al suelo, y mientras me lamentaba con lentitud recibí su segundo golpe, un placaje con su brazo que me hundió el pecho y me lanzó despedido contra la pared. Tenía los pulmones colapsados, y me costó comenzar a tragar aire de nuevo. Me levanté y mantuve la compostura, aunque notaba que mi pierna derecha temblaba. Me había pillado desprevenido, eso era todo.

-Vaya, deberías estar muerto. No hay duda, llevas puesto el verdugo de almas -como podía saber el eso-. ¡Ja ja ja! Tú cara lo confirma. Bien, eso nivelará la pelea y la hará más interesante. Cadena se alegrará de recuperar su viejo traje.

¿Cadena? O sea que el verdugo de almas era de Cadena. ¿Entonces por qué la tenía Gab? Maldita sea, debía centrarme en vencer a aquel gorila y no en divagar en mi traje de segunda mano. Me concentré en mi enemigo y me preparé para pelear a fondo. Pero el único fondo que vi fue el de mi estomago cuando Montana me asestó un puñetazo que por poco me parte en dos. Mientras intentaba comprender como podía moverse tan rápido me mandó despedido en la otra dirección con un contundente codazo en la mandíbula.

-En mi época, una pelea consistía en un intercambio de golpes entre dos personas. Pero quien soy yo para criticar tu refinado estilo de lucha –se burló Calavera.

Maldita calavera inútil. Si quería serme de ayuda podía indicarme un plan a seguir y dejarse de criticarme. Montana se abalanzó sobre mí otra vez. Mientras lo hacía aprecié que por un breve instante desaparecía de mi vista para reaparecer justo en frente mío. Pero tampoco pude esquivar ahora del todo el puñetazo que recibí en toda la cara. Di un salto hacia atrás para alejarme cuando le vi desaparecer otra vez.

-Vacaciones en El Infierno-
Libro I: La ribera del Aqueronte
Por Ruymán Fuentes Suárez

El segundo golpe era una patada que Montana lanzó al vacío, justo donde antes me encontraba yo. Ahora que ya sabía la mecánica de sus golpes tenía la victoria de mi lado. Me incorporé y le miré. Notaba caer en mi boca algo húmedo. Era sangre que salía de la nariz a causa del puñetazo. Su sabor metálico me aceleró las pulsaciones. Montana parecía cabreado por haber fallado su último golpe. Volvió a desaparecer, pero esta vez haría algo más que esquivarle. Apenas fue suficiente dar un paso atrás. Cuando Montana reapareció para golpear el vacío le golpeé con todas mis fuerzas. Oí el crujido de varios de sus huesos al golpearle y otros más tras salir despedido contra las escaleras.

-¡Y el arbitro pita falta a favor del equipo visitante!

Me encantaba ver la victoria tan cerca. Su siguiente ataque no tardó. Yo le esquivé, pero él volvió a intentar golpearme con otro desplazamiento relámpago. Así estuvimos un rato, pero a su cuarto intento mi velocidad superó a la suya y pude golpearle con una patada incomprensiblemente violenta. Él se había cubierto con uno de sus musculosos brazos, pero este se partió y mi patada le alcanzó la cara. Rodó por el suelo antes de detenerse entre convulsiones. Faltaba la guinda final. Me acerque a su cuerpo y agarré su cara entre mis manos. Tenía los ojos fuera de las orbitas. Partir el cuello era el mejor favor que podía hacerle. El crujido resonó en el vacío salón. Me sentía genial. Aún tenía el sabor de mi propia sangre en la boca y me encantaba. En lo alto escuché un ruido, y al mirar vi a Colette. La pequeña lo había visto todo y me miraba en cucullas desde arriba. Me acaba de comportar como un monstruo ante sus ojos. Quizás ahora me temiese a mí también.

-¿Está muerto? -la voz de Colette parecía tranquila. Sin temor alguno.

-Creo que sí.

-Bien, en ese caso date prisa, no tenemos tiempo para juegos.

¿Juegos? Acababa de recibir golpes como si fuera un saco y matar a tres hombres y ella lo llamaba *juegos*. Pero de que me asombraba, esto era El Infierno. No había muchos santos por los alrededores. Lo que yo hacía tenía tanto pecado como robar un caramelo en una tienda, o quizás menos. Mis pensamientos fueron disipados por unos aplausos. Venían de una puerta al otro lado de las escaleras donde se encontraba Colette. Ambos miramos en su dirección, y Colette, que podía ver quien era, se quedó completamente inmóvil, al igual que un conejo al ver una serpiente.

-Magnífica actuación. Colette, ¿no vas a presentarme a tu amigo?

De la puerta salió un gigante que tubo que agacharse para poder pasar por debajo del marco. Debía medir dos metros y medio, sino más. Su pelo era largo y oscuro como la noche, y por todo el cuerpo llevaba cadenas que lo cruzaban de un lado a otro. Sin lugar a dudas ese debía ser el dueño de la casa. Sin prestarme la más mínima atención continuó avanzando hacia Colette. No dejaría que aquella mole la tocara otra vez con sus asquerosas manos. En lo que se tarda en pestañear volé literalmente hasta Cadena y le golpeé tantas veces que me fue imposible contar los golpes. No importaba lo fuerte que fuera Cadena, cuando parase de golpearle caería muerto sin remedio ante la niña que durante tanto tiempo torturó. O eso creía antes de sentir sus dedos alrededor de mi cuello.

-Vaya, reconozco esta indumentaria -yo no podía respirar-. Ya habrás notado como se apodera de tu ser. ¿verdad? Mi momento preferido era cuando reclamaba sangre y muerte. Una experiencia única ¿no lo crees? -Si seguía apretándome el cuello así moriría-. Pero tranquilo, puedes quedártelo. Considéralo un regalo. Ahora, si me disculpas, deja que los mayores se encarguen de sus asuntos.

Cadena me arrojó con tal fuerza que atravesé la pared del salón, para caer luego en el patio exterior al que daba la entrada de la casa. Escupí sangre y noté varios huesos rotos. De algún modo el traje que llevaba parecía funcionar no solo para combatir, sino para mantener mi cuerpo en condiciones para el combate, pues pude levantarme aún convencido de que tenía al menos una de las piernas rota. En el patio había varios hombres de Cadena, que al verme llegar de aquel modo se abalanzaron

-Vacaciones en El Infierno-
Libro I: La ribera del Aqueronte
Por Ruymán Fuentes Suárez

sobre mí. La ira invadía hasta el último rincón de mí ser, y cada uno de aquellos hombres lo comprobó de primera mano antes de ir a la tumba, otra vez. Cogí uno de los cuerpos del suelo y lo arrojé contra la pared para crear una entrada al salón del que me acababan de echar. Pasé por el hueco, y entre el polvo levantado pude ver a Colette entre las manos de Cadena.

-¡Cadena! Aún no hemos acabado -las palabras salían de mi boca como el rugido de una fiera que reclama su presa.

-Empiezas a ser molesto, jovencito. Creí haberte dicho que esto era asunto de mayores.

Ya me estaba cansando de tantas chorradas. No quería hablar, solo ver su cabeza desparramando sus sesos bajo mí pie.

Media noche: el pecado de Colette y el hambre de Calavera

-¡Huye de aquí EbOLA! No tienes ninguna posibilidad contra él. Por favor, vete
-Colette lloraba entre las manos de Cadena suplicando por que me fuera sin ella.

Pero eso no entraba en mis planes. Volví a lanzarme lo más rápido que pude contra Cadena. Realicé un quiebro, esquivando un golpe que me lanzó, y le golpeé contundentemente en la cara. Esquivé otro golpe suyo y aproveché para golpearle por detrás de la pierna. Había conseguido hacerle hincar una rodilla en el suelo y sangraba por la nariz. Esto parecía haberle sorprendido sobremanera, pero cuando comprobó que ya no tenía a Colette consigo sino en la planta baja entre mis brazos, estalló su cólera.

-¡Maldito estúpido! Tenía intención de acabar con tu vida de manera rápida. Pero ahora disfrutaré con cada instante que te haga sufrir en los próximos mil años.

Aparté a Colette a un lado y le dije que se pusiera a salvo. Ella no parecía querer alejarse.

-Ten cuidado EbOLA. Nunca le había visto tan enfadado, no sé de que puede ser capaz.

Le dije que se apartará. Y ella lo hizo a regañadientes. Cadena me habló desde lo alto de la escalera.

-Aún no entiendo porque te interesa tanto Agua Sucia. ¿Te ha contado ya porque está aquí?

Colette se quedó muda mirando con los ojos completamente abiertos a Cadena y aún más asustada que cuando la tenía entre sus brazos.

-Parece que a la mocosa se le ha olvidado esa parte.

-Prometiste que jamás se lo dirías a nadie.

-Estúpida. ¿Crees que he guardado ese secreto estos años?

Las palabras de cadena fueron como una bofetada para Colette.

-Esta tierna niña, a la que tanto deseas salvar, está aquí en El Infierno por haber quemado vivos a sus padres -no podía creerlo-. La muy estúpida prendió fuego a la casa y mientras ellos ardían y se consumían en el fuego, ella también moría asfixiada por el humo.

No podía imaginarla haciendo eso. Debía de tener una explicación para aquello. Sus padres debían haberla tratado peor que a un animal, eso tenía que ser. Colette evitaba mi mirada avergonzada, humillada. Entre tanto, las cadenas que cubrían el cuerpo de Cadena se habían arremolinado en sus brazos y piernas formando una especie de armadura. Saltó hasta mí intentando pillarme desprevenido y golpeando a pocos centímetros de mi cara. La pelea se desató de manera instantánea. Le golpeaba con toda la fuerza que podía, pero Cadena parecía hacer lo mismo, y mientras yo notaba como cada uno de mis golpes era más débil que el anterior, él no parecía sentir ningún tipo de fatiga. Sus golpes empezaron a llegar de todos lados, cada vez más rápido, cada vez con más rudeza. Para mí ya era imposible golpear, apenas podía conseguir lanzarle ningún ataque ante la lluvia de golpes que estaba recibiendo. Y eso no era todo, notaba como con cada golpe se rompía alguno de mis huesos. Una costilla, la nariz, un brazo.

-Bien, creo que ya basta de jugar. Empecemos a pelear en serio jovencito. Veamos de qué pasta estás hecho.

¿Pelear en serio? Cadena debía estar bromeando. De improviso sentí dolor en todas las partes de mi cuerpo al unísono. La vista se me nublaba, pero podía ver como las cadenas de su cuerpo bailaban en el aire ante mí llenas de sangre. Caí de rodillas y a mí alrededor empezó a formarse un charco de sangre. El apenas tenía algún moratón, y yo en cambio no podía moverme. La sangre salía de mi cuerpo por decenas de heridas producidas por las cadenas. Cadena se alejó de mí para recoger una de las barras con la que me habían atacado dos de sus hombres, luego regresó con semblante triunfal y me levantó agarrándome por la mandíbula.

-Vacaciones en El Infierno-
Libro I: La ribera del Aqueronte
Por Ruymán Fuentes Suárez

-Me has impresionado. Hacía siglos que no me divertía tanto, pero para serte sincero, pensé que la pelea duraría algo más.

Noté como atravesaba mi cuerpo de lado a lado con el arma. No me quedaban fuerzas ni para quejarme. Luego me lanzó contra la pared, dejándome clavado en esta, como si fuera un insecto clavado en un corcho. La barra me perforaba el pecho a la altura del esternón. Gran cantidad de sangre salía de la herida y yo apenas mantenía la consciencia. Oía a Colette llorar y a Cadena reírse con fuerza. O quizás lo imaginaba. Que más daba, no había nada que pudiera hacer, todo estaba acabado.

-Déjame tomar a mí el control.

¿Quién me hablaba?

-Paleto. Confía en mí. Haz lo que te diga...

¿Calavera? Qué me estaba diciendo, ya no había nada que hacer. ¿Por qué me molestaba? No veía que todo estaba perdido.

-Escúchame estúpido paleto. Has de meter la mano en mi boca. Yo me encargaré del resto.

De verdad me estaba pidiendo calavera que le metiese la mano en la boca o era otra alucinación.

-...lo. Haz...lo. ¡Hazlo!

Como si de la gesta más grande se tratase, conseguí mover el brazo y dejé caer mi mano en el interior de la boca de Calavera. La sangre empezó a recorrerla, y de repente su mandíbula se cerró con fuerza atrapándola. Noté que me escurría, pero mi cuerpo seguía en el mismo sitio, o eso me parecía. Era como ser succionado por un abismo. Notaba que me alejaba de mi cuerpo, que mi mente se separaba de él, y aunque aún podía sentirlo, ya no estaba dentro de este. Podía verme como si me encontrase en otro plano, uno en el que la oscuridad lo cubría todo, pero también veía mi cuerpo real aún clavado en la pared, con Calavera mordiendo mi mano. Intenté soltarlo, pero sólo conseguía moverme en aquella oscuridad; mi cuerpo real seguía quieto. No entendía que pasaba, y ante mi incredulidad vi como mi cuerpo se arrastraba hacia delante hasta conseguir soltarse del arma que tenía clavada en el pecho. Cayó al suelo y saltó violentamente contra Cadena, el cual se encontraba de espaldas dispuesto a subir por las escaleras arrastrando por el pelo a la pequeña Colette que se retorció de su presa. La patada que le asestó mi cuerpo en la nuca a Cadena fue tal, que salió despedido contra las escaleras, destrozando con la cara algunos escalones. Colette estaba sorprendida al lado de mi cuerpo. De improvisto este la miró y la empujó violentamente contra la pared. ¿Qué demonios pasaba? Mi cuerpo se movía solo adoptando una pose no muy humana que digamos. Parecía una fiera incontrolada que no parecía distinguir entre amigos y enemigos. No comprendía lo que ocurría, pero tenía que volver a tomar el control.

-¡Para! Déjame salir. Ese es mi cuerpo.

-¿Por qué te alteras tanto? -Calavera estaba flotando al lado mío en medio de aquella oscuridad.

-¿Qué coño está pasando? ¿Eres tú quién controla mi cuerpo?

-Se podría decir que sí. Ese traje es magnífico. Realmente me siento poderoso.

-¡Ya vasta! Devuélveme mi cuerpo.

-Eso no es tan sencillo. Ahora yo soy quien lo controla.

Mi cuerpo, controlado ahora por Calavera saltó sobre el cuerpo aún en el suelo de Cadena, pero este lo esquivó y le golpeó violentamente, lanzándolo contra la barandilla de las escaleras, a las cuales se agarró para tomar impulso y patear la cara de Cadena.

-No ves lo que está ocurriendo. En breve habré vencido a Cadena.

Calavera parecía estar ganando. Quizás el supiera controlar mejor que yo las facultades del traje. Al fin y al cabo el estaba en El Infierno por algún motivo. No tenía compasión ni remordimientos peleando. Era como una bestia inhumana.

-¿Y después? ¿Qué ocurrirá cuando venzas?

-Vacaciones en El Infierno-
Libro I: La ribera del Aqueronte
Por Ruymán Fuentes Suárez

-Bueno. Creo que ahora que tengo un cuerpo, esta ciudad no parece tan mala. Además, una vez venza a Cadena, habrá un vacío que alguien deberá cubrir.

-¿Tú?

-¿Ves algún otro más cualificado?

-Haz lo que quieras, pero mi cuerpo se va conmigo.

-¿Tú cuerpo? ¿Qué cuerpo? El único que veo, creo que ya tiene dueño, y soy yo.

Cadena golpeó con sus cadenas el nuevo cuerpo de Calavera, perforándolo por varios sitios. Luego lo agarró por el brazo haciéndolo girar ciento ochenta grados sobre el hombro hasta dislocarlo. Calavera gritaba de placer ante su propio dolor y usando el brazo dislocado como si fuera un arma, golpeó el rostro de Cadena para distraerle, y poder golpearle con el otro brazo, en el cual estaba la calavera aferrada.

-Te ordeno que me devuelvas mi cuerpo.

-Se realista paleta. No estás en situación de exigir nada.

Tenía que haber algún modo de recuperarlo.

-Yo te liberé de la nieve. Te salvé. Te traje a esta ciudad. ¡Me debes la vida!

-¿Estás seguro? Desde mi punto de vista eres tú quién me debe la vida a mí. He cuidado de ti desde que nos encontramos. Si estás en esta situación es por no haberme hecho caso. Creo recordar que te dije que no te fiaras de nada ni de nadie.

Calavera y Cadena seguían peleando mientras los golpes cada vez eran más violentos. Cadena con varios movimientos, y ayudado con sus cadenas parecía resistir a duras penas ante un rival que parecía disfrutar con sus propias heridas.

-Cómo has podido mejorar tanto. Hace un instante estabas al borde de la muerte.

Cadena no comprendía lo que pasaba. Calavera reía como un desquiciado, moviéndose de un lado a otro sin dar a entender si tenía intención de atacar o no. Cadena intentó un nuevo ataque que hizo retorcer una de sus cadenas alrededor de la cara de Calavera, pero ante su asombro, Calavera mordió las cadenas y tiró de él hacia sí para golpearlo con varias patadas.

-A este paso acabarás con mi cuerpo. Entonces no te servirá de nada.

-Al contrario. Conmigo controlándolo, su fuerza ha aumentado. No importa el daño que le hagan. Se podría decir que ahora soy inmortal. ¡Ja ja ja!

Ya era suficiente. Aquello era un sin sentido. Agarré a la calavera que flotaba ante mí en al oscuridad. Saltaron chispas al tocarlo y noté un dolor en un lugar de mí ser que no pude identificar ni localizar.

-¿Qué estás intentando? Ya no hay vuelta atrás iluso.

-¡Silencio! Lamento lo de tu cuerpo amigo, pero este es mío.

Cada vez me dolía más.

-Para, así no conseguirás nada estúpido paleta.

Cadena estaba en el suelo jadeando y sangrando por varias heridas. Calavera estaba acabando con él, y aunque se movía como si tuviera la mitad de las articulaciones del cuerpo fuera de su sitio, caminaba riéndose como si eso no le perjudicase. Cadena gritó lleno de impotencia y lanzó un ataque desesperado contra Calavera. Las cadenas atacaron de todas direcciones a Calavera. Un corte profundo entre el dedo corazón y anular separó en dos la mano, otro golpe abrió una importante herida en la cabeza y cara, sacando un ojo fuera de su sitio, además de múltiples cortes y golpes que hacían manar la sangre sin parar. Pero Calavera seguía en pie, y sonreía ante el extenuado y atónito Cadena. Calavera atacó como una fiera el cuerpo de Cadena, golpeándolo, pateándolo y mordéndole en varios puntos a la vez. Cadena intentaba pararlo inútilmente, y entre gritos cayó al suelo, donde siguió recibiendo golpes sin cesar. Cuando parecía que ya no podía moverse, Calavera le golpeó, como si fuera un balón, con una fuerza que parecía no tener fin. El golpe hizo chocar a Cadena contra las escaleras, las cuales se vinieron abajo. El derrumbe de las escaleras provocó que algunos cimientos de la casa se tambaleasen, y parte del

-Vacaciones en El Infierno-
Libro I: La ribera del Aqueronte
Por Ruymán Fuentes Suárez

edificio se derrumbó sobre el lugar en el que estaban antes las escaleras, sepultando lo que pudiera quedar del cuerpo de Cadena. De entre el polvo levantado, salí Calavera y se dirigió a la esquina donde se encontraba la pequeña Colette acurrucada.

-¡Aléjate de ella!

-No te das cuenta. Solo nos ha traído problemas. ¿Crees que no te mataría a la primera de cambio? Mató a sus propios padres. Deja ya de soñar con un mundo perfecto, paleta.

Mantener entre las manos a Calavera se me hacía insostenible. El dolor era cada vez más intenso. Pero debía de detenerlo cuanto antes. Había acabado con Cadena, y si no me daba prisa acabaría también con la pequeña Colette y puede que con la mitad de Los Lamentos. Seguí acercando la calavera a mi cuerpo, y el dolor se volvió más intenso.

-¿Por qué sigues intentando aferrarte a la vida? Cuando comprenderás que has perdido.

-¡Jamás!

-Déjalo y te permitiré vivir. Hazme caso por una vez y estate quieto.

-No puedo -cada centímetro que conseguía acercar a Calavera hacia mi pecho el dolor aumentaba de manera descomunal-. Lo has olvidado, no puedo fiarme de nadie.

Con mi último hálito de fuerza me uní a Calavera y mi consciencia se disipó por completo.

Colette no paraba de gritar que me detuviera, que ella era Colette, que éramos niños, que tenía que reconocerla. Mi cuerpo se detuvo, y oí como la mandíbula de Calavera soltaba mi mano. Colette estaba en el suelo, cubierta de sangre, ¿había tardado demasiado y la había golpeado? No, no era eso, todo lo veía teñido de rojo y desenfocado. Otra vez estaba dentro de mi cuerpo, pero me sentía muy débil. Una de mis piernas cedió al peso de mi cuerpo quebrándose por tres partes, lo que provocó que me cayese de espaldas. La cabeza, los brazos, el pecho, la espalda y las piernas. En todos ellos tenía importantes heridas y todas comenzaron a dolerme al unísono, como una terrible sinfonía del dolor. Comencé a lanzar gritos de agonía, y no solo por las heridas, sino porque volvía a sentir a aquel horrible ser dentro de mi devorándome en busca de una salida. En breve el errante saldría si no conseguía un modo de curar mi cuerpo.

-EbOLA. ¿Respóndeme EbOLA? –Gritaba Colette.

-Colette...el óbolo dorado...llévaselo a la Emperatriz. Ella es la única...

Me costaba mucho hablar. No podría aguantar mucho tiempo en esa situación. Solo podía gritar por el dolor tan insostenible que sufría.

-¿Un óbolo dorado? ¿Y si no lo encuentro? Estás muy malherido. Si no te curo el errante saldrá de tu cuerpo.

-La emperatriz...ella puede -me costaba pensar con claridad, pues el dolor me invadía todo el cuerpo y me nublabla la mente-. Dale el óbolo...Por favor.

La niña salió corriendo hacia los escombros y pude escuchar como trepaba por ellos. Desde lo alto me pidió que aguantase y después me quedé solo con mi sufrimiento.

-Sabes que no volverá.

-¡Cállate!

Pensaba que Calavera había desaparecido tras nuestra disputa por mi cuerpo. Notaba al errante inquieto en mi interior, deseando salir cuanto antes.

-Sabes, aún podrías volver a meter la mano en mi boca. No hacíamos tan mal equipo, ¿no crees?

-...Prefiero...morir...desaparecer -acabé la frase escupiendo sangre.

-Eso me ha dolido camarada. Pensé que ahora que habíamos compartido el mismo cuerpo seríamos más íntimos.

-Vacaciones en El Infierno-
Libro I: La ribera del Aqueronte
Por Ruymán Fuentes Suárez

No quería hablar más con Calavera. Tenía que concentrarme para mantenerme consciente luchando contra el dolor y el errante. No sabía cuanto más aguantaría ni cuanto tiempo había pasado desde que se fue Colette a por el óbolo, pero a mí me parecían horas en aquella situación. Quizás la hubiesen capturado, o no había podido encontrar el óbolo dorado. Todo había salido mal, entrar a por Colette y recuperar los óbolos sonaba ahora tan fácil. No recordaba porque se había complicado tanto algo que parecía tan sencillo. Quizás mi arrogancia me había llevado a donde me encontraba. En el peor de los casos, Colette era ahora libre. Pero, ¿y si Cadena no había mentido? ¿De verdad una niña de seis años podía matar a sus padres? No me importaba lo que los demás creyesen. Yo sabía que Colette era inocente.

El dolor se transformó en calma. Aún podía sentir al errante intentando salir de mi interior, pero ya no parecía dolerme. Me estaba desmayando. Todo empezó a oscurecerse, y de súbito, una cálida luz que acarició mis mejillas y fue bajando por el cuello, el pecho y el resto del cuerpo, y luego otra vez el intenso dolor. Volvía a estar consciente y gritando por el sufrimiento.

-No puedo hacer más por él. Su cuerpo esta demasiado dañado. Puedo mantenerlo consciente durante el tiempo que el sea capaz de aguantar este dolor. Después el errante saldrá -era Gab, había llegado, pero por lo que oía no traía precisamente buenas noticias.

-Para que has venido entonces. Mira en el estado que se encuentra por intentar ayudarte -no lo podía creer, era Calavera quien me defendía.

-Le dije que no se enfrentara a Cadena. Aún no comprendo como fue capaz de vencerlo.

Intentaba escuchar la conversación, pero me costaba demasiado. Solo podía gritar. Ya no veía absolutamente nada, solo una macha roja.

-Tiene que haber una solución. Tiene que haberla -Colette también estaba. No sólo lo había conseguido, sino que suplicaba por mí.

-No la hay. Ya os he dicho que en su estado me es imposible curarlo. No se puede impedir que salga su errante. La única forma que habría sería retenerlo una vez salga para que yo pudiera intentar curar sus heridas y salvarlo. El problema es que el único sitio donde lo podríamos hacer es la habitación del olvido, pero en su estado no llegaríamos a tiempo.

-¿Y si alguien retiene al errante?

-¿Acaso te vez capaz pequeña calavera? Además sería inútil. Tendrías que ser capaz de retener al errante el tiempo suficiente para que EbOLA se recuperase por completo, y volviese a ser él anfitrión. Hablo de días, tal vez semanas.

-Todo esto es culpa tuya pequeña estúpida. Si tuviera mi cuerpo esto no sucedería. ¡Maldición!

Entonces dejé de gritar y la conversación se detuvo. Aunque deseaba hacerlo, me era imposible. Notaba como el errante subía por mi garganta para salir, al igual que en la ocasión anterior. Luego un golpe en la cara y la voz de Gab gritando «no lo hagas», lo cual me pareció absurdo, porque ya poco estaba en mi mano. Un resplandor azul y un alarido. Pero distinto a la otras veces, más agudo, como el de un niño. Luego sentí otra vez aquella cálida luz recorrer mi cuerpo. El dolor mitigaba con rapidez. Notaba mis heridas cerrándose, los huesos uniéndose, la visión se aclaraba. Sobre mí, imponiéndome las manos se encontraba un hermoso ángel. Vestía de azul y brillaba intensamente, con sus enormes alas blancas desplegadas a los lados. Tardé un instante en comprender que aquel ser tan hermoso era Gab.

-¿Qué ha sucedido? ¿Aún estoy vivo?

-Ha decir verdad, ¡no!, EbOLA el no-santo. Te recuerdo que estás en El Infierno. Pero aún no has desaparecido si es a lo que te referías.

-El errante. ¿Qué ha pasado? ¿Dónde está?

-Vacaciones en El Infierno-
Libro I: La ribera del Aqueronte
Por Ruymán Fuentes Suárez

Gab me ayudó a incorporarme lo suficiente para ver a Alighieri al lado de Colette. La estaba sujetando mientras despedía una luz azul a través de sus ojos. Aún me dolía mucho el cuerpo.

-¿Qué le ha pasado?

-Cuando parecía que te íbamos a perder, ella se abalanzó sobre ti para detener al errante. La única manera que creyó posible fue introduciéndolo en su propio cuerpo.

-Ella...me ha salvado.

Parecía sufrir mucho. Su cuerpo se retorció entre los brazos de Alighieri sin dejar de despedir aquella luz por los ojos.

-Ha decir verdad sólo ha retrasado tu final, y adelantado el suyo.

-¡No! Yo ya estoy curado, puedo volver a tomar al errante -intenté ponerme en pie, pero ambas piernas me fallaron. Ninguna parecía responderme, y me caí de bruces -. Maldita sea, que me ocurre. Pensé que me habías curado.

-El verdugo de almas te esta ayudando a que te mantengas con vida. Yo he curado tus heridas, y el las mantiene cerradas y tus huesos unidos. Pero el daño interior que has recibido, llevará tiempo enmendarlo. Tiempo que no tienes -miró a Colette-. Ella es muy pequeña para mantener en su cuerpo a dos errantes. Cuando deje de luchar, dejará escapar al tuyo y el de ella, y desaparecerá. Y luego lo harás tú.

La luz dejó de brillar y Colette dejó de moverse entre los brazos de Alighieri.

-¡No, ahora no!

Me arrastré por el suelo con las manos intentando llegar hasta ella. Me sentía fatigado y débil, pero no podía dejar que ella muriera. Así no.

-Estoy bien -la voz era la de Colette.

Se incorporó con la ayuda de Alighieri y miró en mi dirección. Parecía que estaba bien, pero había algo extraño en ella. Su mirada había cambiado. Sus ojos, tan grandes y hermosos, lucían apagados y sin vida. Aún se apreciaba que eran de distinto color, pero en un tono mucho más claro, como ocultos tras un velo.

-Colette, ¿estás bien? -pregunté con miedo.

Ella dio unos pasos avanzando hacia mí, pero mirando al frente, y yo estaba tirado en el suelo. Cuando llegó a mi altura tropezó conmigo, se agachó palpando el aire hasta tocar mi cabeza, y luego me abrazó y susurro al oído.

-Tranquilo. Ahora yo cuidare de ti.

Que le había hecho. Estaba ciega por mi culpa. Y yo ni siquiera podía levantarme para tenerla en brazos. Me sentí impotente, y lloré sobre su hombro por haberle hecho eso.

El sacrificio de Gabriel

El cielo comenzó a resquebrajarse y toda la ciudad se estremeció. Era ya media noche y Gab no estaba en su torre para protegerla. El oscuro cielo comenzó a iluminarse con cientos, quizás miles, de pequeños cometas azules que volaban hacia Los Lamentos.

-¡Alighieri, rápido! Recógelos -Gab actuaba con rapidez-. Ahora la ciudad está indefensa. Siento no poder daros un descanso, pero aquí no estamos seguros.

A través del derrumbe que se había producido en casa de Cadena, se podían ver errantes bajando veloces para desaparecer entre las calles, y a lo lejos se oían los gritos de los habitantes que huían de sus ataques o intentaban defenderse en vano.

-Es un milagro que ambos estéis vivos aún. Resistid un poco más -dijo Gab mirándonos.

Alighieri sujetaba a Colette con uno de sus brazos, mientras que yo me aferraba a su cuello para facilitarle mi transporte. Me sentía ridículo, como un niño pequeño en brazos de un adulto. A él no parecía costarle llevarnos a ambos a cuesta. Gab se acercó a nosotros y recogió a Alighieri y al resto con él. Luego caminó, cargándonos a todos, hasta estar fuera de la casa de Cadena.

-¡Sujetaos fuerte! -gritó.

Gab desplegó las alas y salió disparada llevándonos a los tres, cuatro si contábamos a Calavera, volando por entre las calles de Los Lamentos. En el suelo, la gente corría esquivándose unos a otros mientras huían de los errantes que se abalanzaban sobre ellos para atacarlos y devorarlos.

-¿Vamos a volar tan bajo todo el rato? Si seguimos así chocaremos con algo.

A Calavera no parecía gustarle mucho el paseo entre los edificios. Al fin y al cabo, a él solo lo sujetaba una cadena.

-Con vosotros a cuesta no soy tan rápida, y en lo alto sería un blanco fácil. Entre los edificios tendremos una posibilidad de llegar hasta el Aqueronte.

Aún así, Gab se movía muy rápido esquivando edificios y a algún que otro errante. Parecía realizar los movimientos sin mucho esfuerzo, de manera grácil pero firme. En el suelo, los habitantes de la ciudad parecían correr en un mismo sentido.

-¿Hacia donde huyen Gab?

-Supongo que esperan llegar al río y que Caronte les cruce sin más -Gab guardó un instante de silencio para luego seguir hablando-. Ahora la condena eterna no les debe parecer tan mala opción.

-Caronte solo cruzará al primero que llegue.

-Tranquilo, seremos los primeros en llegar.

Al pasar entre unos edificios, aparecieron dos errantes dispuestos a atacarnos. Gab esquivó sin problemas al primero, y golpeó con una de sus alas al otro, el cual salió despedido contra un edificio que se hizo añicos con el impacto. Al retomar el rumbo, éramos seguidos por el primero de los errantes de cerca. Su alarido estaba atrayendo la atención de otros, y al poco tiempo teníamos a cinco persiguiéndonos. Gab los intentó perder entre varios edificios sin conseguirlo. Entonces sobrevoló una de las calles principales. Miles de personas corrían desesperadas, atropellándose unas a otras, en dirección al río. Los errantes que nos seguían iban ganando terreno. No podríamos llegar al río sin tener que enfrentarnos a ellos. Entonces Gab cerró los ojos y empezó a rezar en voz baja. Al acabar su corta oración, volvió a abrirlos y nos apretó con fuerza contra su pecho.

-¡Agarraos fuerte! -Gab comenzó a descender-. Y que Dios me perdone.

Siguió descendiendo hasta sobrevolar a menos de medio metro sobre las cabezas de las personas que corrían, y de improvisó se metió entre ellos, arrojándoles con sus alas y tirándolos al suelo. Los errantes que nos seguían, se abalanzaron sobre las personas que habían caído por la embestida de Gab. Ella volvió

-Vacaciones en El Infierno-
Libro I: La ribera del Aqueronte
Por Ruymán Fuentes Suárez

a tomar altura, alejándonos de los gritos de las víctimas. Sus ojos estaban llenos de lágrimas, pero seguía volando.

-Ya estamos llegando. Aguantad un poco más.

Frente a nosotros apareció la enorme muralla que protegía la ciudad. Las puertas de Los Lamentos no se habían abierto, y las personas que estaban en primera fila eran aplastadas por la masa que llegaba con intención de huir. Gab realizó un pequeño picado para tomar impulso y remontó el vuelo, subiendo verticalmente cerca del muro. La maniobra fue muy brusca, por lo que Alighieri se tuvo que esforzar para evitar que nos escurriéramos entre sus brazos. Quedando apenas unos cinco metros para superar el muro Gab necesitó batir con fuerzas las alas, lo cual le debió resultar muy costoso, para poder llegar al otro lado. Desde arriba y a lo lejos, se podía ver el embarcadero de Caronte, una pequeña luz indicaba donde estaba la barca. Para nuestra sorpresa, no habíamos sido los únicos en conseguir salir de la ciudad, pequeños grupos corrían en dirección al embarcadero. Gab parecía debilitada por el esfuerzo, pero aún así, voló a toda velocidad superándolos a todos. En apenas unos segundos nos encontrábamos frente al cartel que reclamaba un óbolo por viajero. Estaba impaciente, así que grité para llamar al barquero.

-¡Sal viejo! Necesitamos cruzar el río.

Estiré mi mano y agarré la de Colette, no quería que se sintiera sola a causa de su ceguera. Caronte salió de la casa, ajeno a todo lo que estaba sucediendo con los errantes en la ciudad.

-Vaya, vaya. ¿Qué tenemos aquí? -Caronte miró al peculiar grupo que formábamos. Su mirada, como era de esperar se centró en Gab-. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez Gabriel, ¿cuánto ha sido, mil años quizás?

-Para ser exactos, diez mil.

-Reconozco de la última vez a tu amigo de blanco. Pero los otros, no recuerdo que te acompañaran. Tampoco veo a tú otro amigo, aquel tan alto y apuesto.

Por alguna razón creí que se refería a Cadena. Aunque ahora eso importaba poco.

-Mis amigos y yo necesitamos cruzar al otro lado del río barquero. En total somos cuatro.

-Cinco. No querréis dejar aquí al cerebro del grupo ¿verdad? -rechistó Calavera.

-Por supuesto, solo tendréis que esperar a que realice la llamada de almas, y luego, si sois los afortunados, podréis pasar.

-Esto es ridículo -Me quejé-. Somos los únicos aquí. Cuanto tendremos que esperar para cruzar al otro lado.

Caronte parecía ignorarme por completo, contemplando el cielo como si esperase algo. Alighieri me ayudaba a mantenerme en pie a su lado, pues mis piernas aún seguían siendo completamente inútiles. Colette había soltado mi mano, y esperaba con la cabeza gacha y tapándose los oídos. Entonces llego del otro lado del río un sonido que se me antojó similar al de un cuerno vikingo, pero multiplicado por mil en intensidad.

-Bien podéis pasar. Ya sabéis las condiciones, un óbolo, un alma.

-No hay problema -Respondí-. Colette, entrégame los óbolos.

La niña se sorprendió ante mi petición.

-El único óbolo que cogí fue el que le di a La Emperatriz. No pensé que necesitásemos más. Hice lo que me pediste, sólo quería salvarte -hablaba como si hubiera tenido la culpa e intentase disculparse.

-No pasa nada Colette, ha sido culpa mía. Debí habértelo preguntado antes.

-Vaya, vaya. Por lo que veo tendré que esperar a otros pasajeros más solventes.

No era justo. Todo lo que habíamos pasado, y era ahora, justo a las puertas de la meta cuando fallábamos. Miré hacia la ciudad barajando las posibilidades que

-Vacaciones en El Infierno-
Libro I: La ribera del Aqueronte
Por Ruymán Fuentes Suárez

tendríamos si volviésemos en busca de los óbolos. No parecía muy buena opción. La ciudad estaba ardiendo, e iluminaba el cielo con resplandores rojos y azules.

-No será necesario -Gab sacó su óbolo de oro-. Con esto puedo pagar el pasaje de todos.

-¡Un óbolo de oro! Hacía mucho que no veía uno así. Pero lamento decirte que no será suficiente, con él podrás pagar tu alma o la de ellos. Te recuerdo que no es muy común que un ángel pida pasar al otro lado del Aqueronte.

-No importa -Respondí-. Tú podrías pasar volando el río, sin nosotros a cuesta te será mucho más fácil.

-No es tan sencillo muchacho. El Aqueronte no es un río cualquiera. Solo yo tengo permitido cruzarlo. Y yo decido quien puede hacerlo conmigo de cada vez.

Miré a Gab, tenía el rostro serio. Sabía que decidiría cruzar sin nosotros, al fin y al cabo ella había cumplido su parte del trato, y por algún motivo, deseaba cruzar el río tanto como nosotros. Solo esperaba que al menos Alighieri se quedase con nosotros. Con el pensaríamos otro modo de cruzarlo, habría esperanza. Pero Gab no dejaría atrás a su único amigo. Maldita sea, porque nada salía bien.

-No hará falta que intente cruzar volando el río, No-Santo.

Nos iba a abandonar.

-Estás es tu derecho Gab. Perdón, quise decir arcángel Gabriel -solté con sarcasmo.

-No me has entendido EbOLA. Seréis vosotros quien crucéis el Aqueronte.

No podía creer lo que decía Gab. Mostró el óbolo ante Caronte y se lo entregó.

-Con esto pago el viaje al otro lado del Aqueronte a estas cuatro almas.

-He permanecido a vuestro lado todo este tiempo -Alighieri miraba fijamente a Gab-. Y a vuestro lado seguiré, pase lo que pase.

-¿Por qué? ¿Por qué lo haces? -pregunté.

No entendía el porque del cambio de Gab. Aquel hermoso ángel se acercó a mí y acarició mi rostro. Aquella sensación siempre era igual de cálida.

-No puedo abandonar a toda esa gente a su destino EbOLA.

-¡Pero son condenados! Ni uno sólo de ellos merece tu compasión.

Colette soltó con brusquedad mi mano. Gab se percató de ello.

-¿Te incluyes a ti o a la pequeña Colette? Solo son personas que se equivocaron. Jesús dio la vida por toda la raza humana. Quizás se merezcan estar aquí o lo que les suceda, pero no puedo permanecer impasible ante ello. He de ayudarles en lo que pueda.

-¿Y quizás entonces puedas volver a su lado?

Estaba convencido de que Gab no podía volver al Cielo por propia iniciativa. Si Dios no la había ayudado en todo este tiempo estaba claro que tampoco le permitiría volver.

-Quizás, pero a diferencia de los humanos, nosotros los ángeles no esperamos recompensas por nuestros actos.

-Id subiendo a la barca. Partiremos enseguida. No quiero tener problemas con el grupo que se acerca.

-Alighieri, ayuda a EbOLA -ordenó Gab.

Alighieri conmigo agarrado a su hombro se dirigió a la barca. Gab se había agachado y hablaba con Colette, su pequeña cabecita miraba al suelo. Desde donde estaba no podía escuchar la conversación. De improvviso Colette se lanzó sobre los brazos de Gabriel y lloró como la niña que era. Me sentía triste y a la vez feliz por Colette. Jamás podré olvidar aquella hermosa imagen, de un ángel abrazado por aquella pequeña niña. Llegamos a la barca y Alighieri me ayudo a sentarme en el extremo del fondo, bajo el farolillo. Gab caminó con Colette de la mano, y luego la ayudo a subir para que se sentase a mi lado.

-Gracias por todo. ¿Volveremos a verte? -le pregunté a Gab.

-Vacaciones en El Infierno-
Libro I: La ribera del Aqueronte
Por Ruymán Fuentes Suárez

Me miró fijamente con Alighieri a su lado, y me dedicó una sonrisa antes de responderme.

-¡Adiós, EbOLA el No-Santo! Espero que encuentres lo que buscas -luego giró el rostro mirando a Colette, aunque esta no podía saberlo-. Cuida de él Colette.

Colette se recostó sobre mi pecho y asintió con la cabeza. Caronte subió de un salto a la barca, agarró una enorme vara y sin decir palabra comenzó a alejarla de la orilla. Gab se dio la vuelta, y junto con Alighieri tomó vuelo rumbo a Los Lamentos. Por fin estábamos cruzando el río, y mientras veía alejarse majestuosamente al arcángel Gabriel, todo mi ser se llenó de optimismo.

-Deberías ponerte esto -Caronte me había lanzado algo sobre el pecho. Era un parche rudimentario para el ojo-. No es muy agradable mirarte a la cara muchacho.

Levanté la mano para buscar alguna herida cerca de los ojos. Al acercarla al ojo izquierdo no pude vérmela, y al rozarme el rostro noté la herida y la cuenca vacía. Me puse el parche. Todo había pasado tan rápido que no me había percatado de mi pérdida de visión.

Y así fue como crucé el Aqueronte. Débil, inválido y tuerto; acompañado de una calavera que deseaba apoderarse de mi cuerpo y de una niña, que aún ciega por mi culpa, había prometido cuidarme. El optimismo se disipó del mismo modo que había llegado, para dar paso a la desesperación.

¿Qué más se podría pedir en la ribera del Aqueronte?